



HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 260 - Marzo 2025



***Abrazados
por la misericordia***

Confianza sin límites en su amor

Con tal que encuentre buena voluntad en un alma, nunca me hastiaré al considerar sus miserias. Mi amor se alimenta consumiendo miserias; el alma que más me aporta, siempre que su corazón sea contrito y humilde, es la que más me agrada, porque me da la oportunidad de ejercer más plenamente mi oficio de Salvador.

Pero lo que quiero decirte en particular, Benigna mía, es que un alma nunca debe tener miedo de Dios, porque Dios es todo misericordia; el mayor placer del Sagrado Corazón de tu Jesús consiste en llevar hasta su Padre a los numerosos pecadores; son mi gloria y mis joyas. ¡Amo tanto a los pobres pecadores!

Escucha, Benigna mía, alegría mía, y escribe esto: el mayor placer que las almas pueden darme es creer en mi amor; cuanto más creen en él, tanto mayor es el placer que me dan; y si quieren que mi placer sea inmenso, que no pongan límites a su fe en mi amor. [...]

Tienen una idea demasiado estrecha de la bondad de Dios, de su misericordia, de su amor por sus criaturas. Miden a Dios por las criaturas, pe-

ro Dios no tiene límites; su bondad no tiene fronteras. ¡Oh! ¡Los hombres pueden servirse de Dios y no lo hacen! ¿Por qué? Porque el mundo no lo conoce. Soy un tesoro infinito que mi Padre ha puesto a disposición de todos. Los

que me rechazan no comprenderán su desdicha sino en la eternidad. Amo a los hombres; los amo tiernamente como mis hermanos muy queridos; aunque exista una distancia infinita entre ellos y yo, no hago cuenta de ello.

No puedes concebir el placer que siento cumpliendo mi misión de Salvador. Cuando los pecados han sido perdonados, se vuelven manantiales de gracias para el alma, porque son perpetuas fuentes de humildad. Todo contribuye al progreso

del alma, todo; hasta sus imperfecciones son, en mis manos divinas, como piedras preciosas, pues las transformo en actos de humildad, que inspiro al alma a que los haga.

Palabras de Nuestro Señor Jesucristo a sor Benigna Consolata. In: *A Brief Sketch of the Life and Virtues of Our Dear Sister Benigna Consolata Ferrero*. Washington: Georgetown Visitation Convent, 1921, pp. 66; 70-71.



Sagrado Corazón de Jesús - Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, Caieiras (Brasil)

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán
ser reproducidos, indicando su fuente y
enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad
de los respectivos autores.

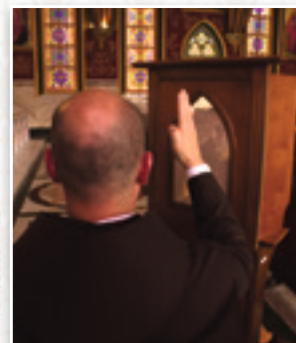
SUMARIO

➔ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➔ EDITORIAL	
El perdón divino y la Madre del abrazo.....	5
➔ LA VOZ DE LOS PAPAS	
La causa profunda de todo mal	6
➔ LA LITURGIA DOMINICAL	
No hay medias verdades en el corazón del hombre bueno	8
Cuaresma: tiempo de renovación por la lucha.....	9
¿Cómo encontrar la luz en un mundo de tinieblas?.....	10
«Si no os convertís, pereceréis como ellos»....	11
Cómo nos libramos de la impenitencia y del orgullo	12
➔ EJEMPLOS QUE ARRASTRAN	
¡Qué diferentes son los juicios de Dios!.....	13
➔ TESOROS DE MONS. JOÃO	
La gran ley de la misericordia.....	14
➔ TEMA DEL MES –	
EL SACRAMENTO DE LA CONFESIÓN	
¿Jesucristo instituyó la confesión?.....	18
¿Por qué y cómo confesarse?	22
➔ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
El historial del alma contrita	26
➔ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
Sólo tengo «pecaditos»..., ¿realmente necesito confesarme?.....	29
➔ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
La huida de Juan VI de Portugal – Un éxodo entre la vida y la muerte	30
➔ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
¿Qué es el Libro de la Vida?.....	33
➔ VIDAS DE SANTOS	
San Esteban Harding – La historia de un monje rebelde	34
➔ DOÑA LUCILIA	
Alma de contrastes armónicos	38
➔ HERALDOS EN EL MUNDO	40
➔ ESPIRITUALIDAD CATÓLICA	
Ganar primero, combatir después	44
➔ ¿SABÍAS.....	47
➔ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
¿Qué nos anuncia el arte?	48



Francisco Lecaros

14 ¡Dios tiene necesidad de perdonar!



Maria José Feliz

22 Cómo hacer una buena confesión en esta Cuaresma



Reproducción

44 ¡Estamos en guerra! En la vida espiritual...



Reproducción

48 ¿Puede el arte transmitir una ideología?

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

Soy vegetariana, por tanto, no como carne ni pescado. La Iglesia prescribe que se haga penitencia de no comer carne los viernes, pero eso ya lo hago yo y para mí no es penitencia, es costumbre. ¿Tengo que hacer otra penitencia los viernes, especialmente durante la Cuaresma?

Stefânia Machado – São Paulo

La Iglesia nos enseña que «todos los fieles, cada uno a su modo, están obligados por la ley divina a hacer penitencia». Así pues, «se han fijado unos días penitenciales, en los que se dediquen los fieles de manera especial a la oración, realicen obras de piedad y de caridad y se nieguen a sí mismos, cumpliendo con mayor fidelidad sus propias obligaciones y, sobre todo, observando el ayuno y la abstinencia» (CIC, can. 1249).

Conviene recordar que «en la Iglesia universal, son días y tiempos penitenciales todos los viernes del año y el tiempo de Cuaresma» (CIC, can. 1250). Es muy beneficioso para la vida espiritual, especialmente durante la Cuaresma, ofrecerle a Dios pequeños sacrificios, como: rezar más, reducir el tiempo de distracción en redes sociales, no comprar cosas fútiles, dejar de comer o beber algo particularmente agradable, mostrarse más atento en el trato con los familiares.

En cuanto al asunto planteado en la pregunta, la ley es clara: «Todos los viernes, a no ser que coincidan con una solemnidad, debe guardarse la abstinencia de carne, o de otro alimento que haya determinado la Conferencia Episcopal» (CIC, can. 1251). Y la tradición siempre ha entendido que se aplicaba a la carne o al caldo de carne. Entonces, Stefânia, siendo usted vegetariana, ya cumple materialmente con la

ley canónica. Sin embargo, a efectos de su progreso espiritual, sería loable que los viernes ofreciera el sacrificio de no comer algún otro alimento sabroso, o de comer algo beneficioso para su salud, pero cuyo sabor no le guste.

Por otra parte, la Conferencia Episcopal de cada país tiene autoridad para sustituir, en todo o en parte, esta obligación por otras formas de penitencia (cf. CIC, can. 1253). Muchas conferencias episcopales permiten que los fieles conmuten la abstinencia de carne todos los viernes del año, con excepción de los viernes de Cuaresma. En numerosas diócesis, incluso durante este período, la abstinencia puede ser sustituida por otras prácticas como limosnas, obras de caridad u obras de piedad, en particular la participación en la sagrada liturgia.

Es importante recordar que el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo, además de la abstinencia, se debe hacer ayuno. A la abstinencia están obligados los fieles a partir de los 14 años; al ayuno, todos los mayores de edad hasta cumplidos los 59. Por supuesto, están dispensados quienes tengan algún impedimento por problemas de salud.

El ayuno puede realizarse de distintas maneras. Una de ellas consiste en tomar algo muy ligero en el desayuno y en la cena, y hacer una comida completa en el almuerzo.

Hice una promesa para la próxima Cuaresma y ahora me doy cuenta de que no podré cumplirla. Sé que puedo esforzarme más, pero quiero saber si puedo cambiar la promesa o ser dispensado de ella.

Miguel de Oliveira Cunha – Niterói (Brasil)

El Código de Derecho Canónico prescribe al respecto: «El voto, es decir, la promesa deliberada y libre hecha a Dios de un bien posible y mejor, debe cumplirse por la virtud de la religión» (CIC, can. 1191 § 1).

Pueden conceder dispensa del cumplimiento de un voto o promesa: el obispo de la diócesis, el párroco u otro sacerdote delegado por el obispo para ello (cf. CIC, can. 1196).

Por lo tanto, la manera más práctica de que usted obtenga la dispensa es solicitándosela a su párroco.

Finalmente, usted mismo puede modificar su promesa por una mejor o igualmente buena (cf. CIC, can. 1197); no obstante, parece más prudente pedirle consejo a un sacerdote de confianza, porque nadie es buen juez en su propia causa...



*Nuestra Señora
Sede de la
Sabiduría.
De fondo,
confesión en
la casa Lumen
Prophetae*

Foto: Santiago Vieto

EL PERDÓN DIVINO Y LA MADRE DEL ABRAZO

Santo Tomás de Aquino (cf. *Suma Teológica*. II-II, q. 30, a. 4) cuestiona si la misericordia es la mayor de todas las virtudes. De hecho, al repetir la exhortación de Oseas —«Quiero misericordia y no sacrificio» (Os 6, 6; Mt 12, 7)— pareciera que Jesús así lo indica.

Sin embargo, siguiendo a San Pablo (cf. Col 3, 14), el Doctor Angélico hace una distinción: la caridad es la mayor de las virtudes con relación a quien la posee, pues une al hombre a Dios por el afecto y lo hace semejante a Él; pero, *en sí misma*, la misericordia se revela la más excelente y la que más difunde el bien, ya que puede socorrer las deficiencias de otro, que es lo peculiar del superior.

El hombre misericordioso imita a Dios de modo sublime. Con razón pone el Señor la misericordia en paralelo con la perfección: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6, 36); «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48).

Estos presupuestos nos ayudan a apreciar la grandeza del sacramento de la penitencia, tan propicio a ocupar nuestras consideraciones en este tiempo de Cuaresma.

Un papel especialísimo en esto desempeña la Virgen María, como Madre misericordiosísima, siempre dispuesta a suscitar sentimientos de contrición en el alma del pecador que le pide ayuda. Ninguna criatura imitó a Dios tan perfectamente como la Santísima Virgen, en particular por su misericordia.

En realidad, sólo una madre podría reflejar la «compasión entrañable» (Col 3, 12) con la que se reviste el ministro de Dios para acoger al pecador arrepentido, simbolizada por el gesto del abrazo. De esta forma se lo reveló el Señor a Santa Faustina Kowalska: «Cuando un alma vea y conozca la gravedad de sus pecados, cuando a los ojos de su alma se descubra todo el abismo de la miseria en la que ha caído, no se desespere, sino que se arroje con confianza en brazos de mi misericordia, como un niño en brazos de su madre amadísima» (*Diario*, n.º 1541).

Esto fue lo que Mons. João Scognamiglio Clá Dias experimentó el 12 de julio de 2008 cuando, en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras (Brasil), recibió lo que él llamó «la más alta manifestación sensible de la misericordia de María» en su vida. Conforme lo narró en su obra *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*, se sintió físicamente abrazado por la Madre de Dios en aquella ocasión, seguido de un torrente de consolaciones.

Ese misericordioso abrazo lo preparó para el accidente cerebrovascular del que fue víctima en 2010, a partir del cual comenzó a realizar aún más el mayor de los sacrificios: la manifestación de su propia misericordia hacia sus hijos espirituales, al tomar conciencia de su misión de ofrecer sus sufrimientos por el bien de su obra, subordinado al de la Iglesia. De hecho, la misericordia es el sacrificio más agradable a Dios, como atestigua la Carta a los hebreos: «No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente; esos son los sacrificios que agradan a Dios» (13, 16).

En suma, la Santísima Virgen es efectivamente Madre de misericordia no sólo porque abraza con conmiseración a sus hijos miserables, sino también porque puede hacer a otros partícipes de su misericordia. Su abrazo se extiende a muchos, a través de los hijos que ha estrechado especialmente junto a su Inmaculado Corazón, y en este sentido es también la Madre del abrazo. ✠



La causa profunda de todo mal

La negación de Dios o la pérdida del sentido de su presencia han inducido a muchos contemporáneos nuestros a dar al pecado interpretaciones sociológicas unas veces, otras veces psicológicas, o existencialistas, o evolucionistas; todas ellas tienen en común una característica: la de vaciar al pecado de su seriedad trágica.

PÉRDIDA DE LA NOCIÓN DE PECADO, EL MAYOR PECADO DE HOY

Conocer a Jesús crucificado es conocer el horror de Dios ante el pecado; su culpa sólo puede ser lavada con la preciosa sangre del Hijo unigénito de Dios hecho hombre. Quizá el mayor pecado del mundo de hoy es que los hombres han empezado a perder la noción de pecado. La sofocan, la adormecen —difícilmente puede ser arrancada por completo del corazón del hombre—, que no la despierte ningún atisbo del Hombre-Dios muriendo en la cruz del Gólgota para pagar la pena del pecado.

Fragmento de: PÍO XII.
Radiomensaje, 26/10/1946.

TENDENCIAS QUE FAVORECEN LA DECADENCIA DEL SENTIDO DEL PECADO

Incluso en el terreno del pensamiento y de la vida eclesial algunas tendencias favorecen inevitablemente la decadencia del sentido del pecado. Algunos, por ejemplo, tienden a sustituir actitudes exageradas del pasado con otras exageraciones; pasan de ver pecado en todo, a no verlo en ninguna parte; de acentuar demasiado el temor de las pe-

nas eternas, a predicar un amor de Dios que excluiría toda pena merecida por el pecado; de la severidad en el esfuerzo por corregir las conciencias erróneas, a un supuesto respeto de la conciencia, que suprime el deber de decir la verdad. Y ¿por qué no añadir que la confusión, creada en la conciencia de numerosos fieles por la divergencia de opiniones y enseñanzas en la teología, en la predicación, en la catequesis, en la dirección espiritual, sobre cuestiones graves y delicadas de la moral cristiana, termina por hacer disminuir, hasta casi borrarlo, el verdadero sentido del pecado?

Fragmento de: SAN JUAN PABLO II.
Reconciliatio et paenitentia,
2/12/1984.

FALSAS INTERPRETACIONES DEL PECADO

La negación de Dios o la pérdida del sentido vital de su presencia han inducido a muchos contemporáneos nuestros a dar al pecado interpretaciones sociológicas unas veces, otras veces psicológicas, o existencialistas, o evolucionistas; todas ellas tienen en común una característica: la de vaciar al pecado de su seriedad trágica. En cambio, la Revelación, no; sino que lo presenta como realidad espantosa,

ante la que resulta siempre de importancia secundaria cualquier otro mal temporal.

Fragmento de: SAN PABLO VI.
Homilía, 8/2/1978.

EL PECADO NO ES UN SIMPLE ERROR HUMANO, SINO UNA OFENSA HECHA A DIOS

Una característica esencial del pecado es ser ofensa a Dios. Se trata de un hecho enorme, que incluye el acto perverso de la criatura que, a sabiendas y voluntariamente, se opone a la voluntad de su Creador y Señor, violando la ley del bien y entrando, mediante una opción libre, bajo el yugo del mal.

Es un acto de lesa majestad divina, ante el cual Santo Tomás de Aquino no duda en decir que «el pecado cometido contra Dios tiene una cierta infinidad, en virtud de la infinidad de la majestad divina». Es preciso decir que es también un acto de lesa caridad divina, en cuanto infracción de la ley de la amistad y alianza que Dios estableció con su pueblo y con todo hombre mediante la sangre de Cristo; y, por tanto, un acto de infidelidad y, en la práctica, de rechazo de su amor.

El pecado, por consiguiente, no es un simple error humano, y no compor-

ta sólo un daño para el hombre: es una ofensa hecha a Dios, en cuanto que el pecador viola su ley de Creador y Señor, y hiere su amor de Padre. No se puede considerar el pecado exclusivamente desde el punto de vista de sus consecuencias psicológicas: el pecado adquiere su significado de la relación del hombre con Dios.

Fragmento de:
SAN JUAN PABLO II.
Audiencia general, 15/4/1992.

PECAR ES BORRAR A DIOS DE LA PROPIA EXISTENCIA DIARIA

Si el pecado es la interrupción de la relación filial con Dios para vivir la propia existencia fuera de la obediencia a Él, entonces pecar no es solamente negar a Dios; pecar es también vivir como si Él no existiera, es borrarlo de la propia existencia diaria.

Fragmento de: SAN JUAN PABLO II.
Reconciliatio et pœnitentia,
2/12/1984.

MÁS QUE UNA CUESTIÓN PSICOLÓGICA O SOCIAL, UNA TRAICIÓN A DIOS

Por tanto, el pecado no es una mera cuestión psicológica o social; es un acontecimiento que afecta a la relación con Dios, violando su ley, rechazando su proyecto en la historia, alterando la escala de valores y «confundiendo las tinieblas con la luz y la luz con las tinieblas», es decir, «llamando bien al mal y mal al bien» (cf. Is 5, 20).

El pecado, antes de ser una posible injusticia contra el hombre, es una traición a Dios. Son emblemáticas las palabras que el hijo pródigo de bienes pronuncia ante su padre pródigo de amor: «Padre, he pecado contra el Cielo —es decir, contra Dios— y contra ti» (Lc 15, 21).

Fragmento de: SAN JUAN PABLO II.
Audiencia, 8/5/2002.



Una característica esencial del pecado es ser ofensa a Dios, una oposición voluntaria a su voluntad

«El sirviente ladrón», de Constant Wauters

DIOS NO TOLERA EL PECADO

[El pecado] es la causa profunda de todo mal. Pero esta afirmación no es algo que se puede dar por descontado, y muchos rechazan la misma palabra *pecado*, pues supone una visión religiosa del mundo y del hombre. [...]

Dios no tolera el mal, porque es amor, justicia, fidelidad; y precisamente por esto no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. [...] Dios está decidido a liberar a sus hijos de la esclavitud para conducirlos a la libertad. Y la esclavitud más grave y profunda es precisamente la del pecado.

Fragmentos de: BENEDICTO XVI.
Ángelus, 13/3/2011.

ERROR DE LOS QUE NO SE PREOCUPAN DE SUS PROPIOS PECADOS

El salmista confiesa su pecado de modo neto y sin vacilar: «Reconozco

mi culpa. Contra ti, contra ti solo pecqué; cometí la maldad que aborreces» (Sal 50, 5-6). [...] Es lo que, por desgracia, muchos no realizan, como nos advierte Orígenes: «Hay algunos que, después de pecar, se quedan totalmente tranquilos, no se preocupan para nada de su pecado y no toman conciencia de haber obrado mal, sino que viven como si no hubieran hecho nada malo».

Fragmento de:
SAN JUAN PABLO II.
Audiencia, 8/5/2002.

ILUSIÓN DE LA «IMPECABILIDAD»

Insiadados por la pérdida del sentido del pecado, a veces tentados por alguna ilusión poco cristiana de impecabilidad, los hombres de hoy tienen necesidad de volver a escuchar, como dirigida personalmente a cada uno, la advertencia de San Juan: «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros» (1 Jn 1, 8).

Fragmento de: SAN JUAN PABLO II.
Reconciliatio et pœnitentia,
2/12/1984.

NECESIDAD DE REDESCUBRIR EL VALOR DE LA CONFESIÓN

Los pecados que cometemos nos alejan de Dios y, si no se confiesan humildemente, confiando en la misericordia divina, llegan incluso a producir la muerte del alma. [...]

Invoquemos a la Virgen María, a quien Dios preservó de toda mancha de pecado, para que nos ayude a evitar el pecado y a acudir con frecuencia al sacramento de la confesión, el sacramento del perdón, cuyo valor e importancia para nuestra vida cristiana hoy debemos redescubrir aún más.

Fragmentos de: BENEDICTO XVI.
Ángelus, 15/2/2009.



No hay medias verdades en el corazón del hombre bueno



✠ P. Dartagnan Alves de Oliveira Souza, EP

En la verdad que brota del corazón de los justos, encontraremos el camino que conduce a la salvación en medio de un mundo donde se multiplican los guías ciegos

En un mundo plagado de relativismo moral y doctrinario, la verdad va desapareciendo del horizonte de los hombres, que a veces confunden la noción de bien y de mal, porque adoptan para sí guías ciegos, que los harán caer en un abismo (cf. Lc 6, 39).

El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira enseñaba que un hijo de la Verdad tiene, «como una de sus misiones más destacadas, la de restablecer o reavivar la distinción entre el bien y el mal».¹ Y acerca de esa diferenciación es sobre la que el Señor nos invita a meditar en el Evangelio de este octavo domingo del Tiempo Ordinario, cuando afirma que «no hay árbol bueno que dé fruto malo, ni árbol malo que dé fruto bueno» (Lc 6, 43). En efecto, «el hombre bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque de lo que rebosa el corazón habla la boca» (Lc 6, 45).

Muchos guías ciegos (cf. Mt 23, 16) han aparecido a lo largo de los tiempos. No viven la verdad para sí mismos ni permiten que otros

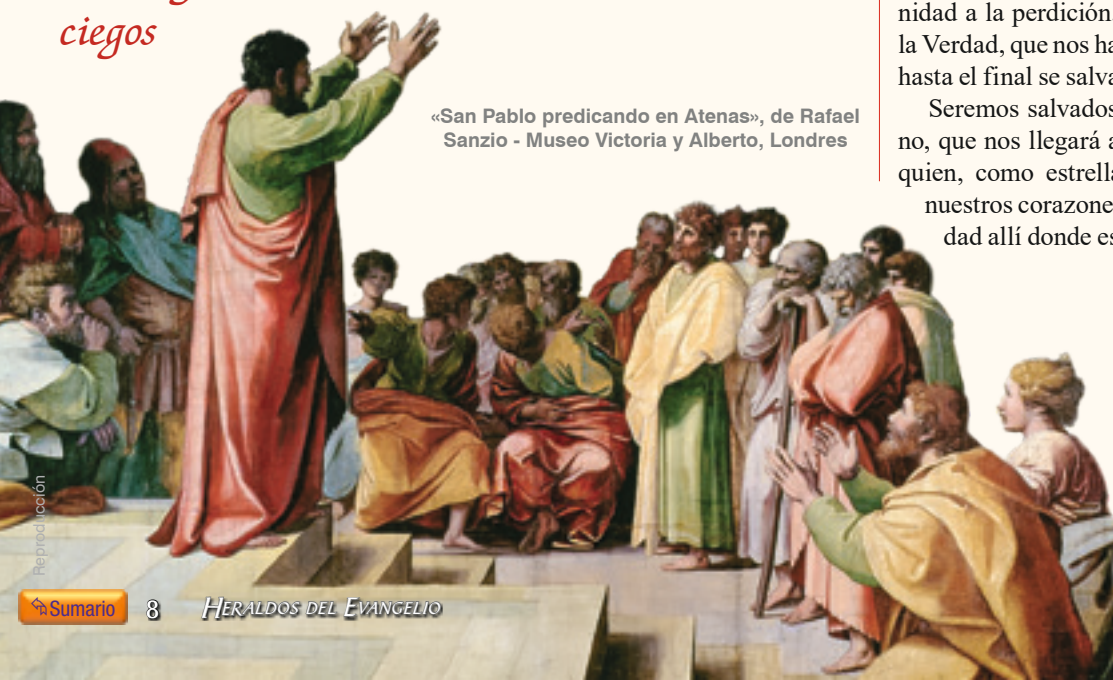
lo hagan. Son los condenados por el Maestro, cuando les dijo a los fariseos que cerraban a los hombres el Reino de los Cielos, porque ni entraban ellos ni dejaban entrar a los demás (cf. Mt 23, 13). ¿Cómo podemos discernirlos en nuestros días? El Eclesiástico nos lo indica muy bien: «El fruto revela el cultivo del árbol, así la palabra revela el corazón de la persona» (27, 7). Y también: «[En el hablar] es donde se prueba una persona» (27, 8).

Estamos llamados a brillar como lumbreras en este mundo, como nos dice la Aclamación al Evangelio (cf. Flp 2, 15d.16a). Para ello, hemos de seguir el consejo del Apóstol, que nos suplica en la segunda lectura: «manteneos firmes e inmovibles. Entregaos siempre sin reservas a la obra del Señor» (1 Cor 15, 58). Y la obra del Señor consiste en que seamos justos, llevando a nuestra boca la palabra de la verdad que brota de un corazón lleno de amor a Dios.

Pasaremos por muchas tribulaciones, en medio del creciente relativismo doctrinario de los falsos profetas actuales, que parecen conducir a la humanidad a la perdición. Pero tengamos confianza en la Verdad, que nos ha prometido: «El que persevere hasta el final se salvará» (Mt 24, 13).

Seremos salvados entonces por el auxilio divino, que nos llegará a través de la Reina del Cielo, quien, como estrella guía, curará la ceguera de nuestros corazones para que encontremos la verdad allí donde está. ✠

«San Pablo predicando en Atenas», de Rafael Sanzio - Museo Victoria y Alberto, Londres



¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Revolução e Contra-Revolução*. 9.^a ed. São Paulo: Associação Brasileira Através do Evangelho, 2024, p. 191.

Cuaresma: tiempo de renovación por la lucha



✠ P. Carlos Adriano Santos dos Reis, EP

El período cuaresmal es un tiempo en el que la Iglesia, muy maternalmente, llama a todos sus miembros a una renovación espiritual. Y el primer paso que hemos de dar consiste en revisar el modo como combatimos las tentaciones. Para librar bien esta batalla, el Señor nos ofrece un perfecto ejemplo en el Evangelio de esta liturgia.

Después de cuarenta días de ayuno, Jesús siente hambre (cf. Lc 4, 2). El enemigo se acerca a Él y le dice: «Di a esta piedra que se convierta en pan» (Lc 4, 3).

«No sólo de pan vive el hombre» (Lc 4, 4), responde el Salvador. El pan simboliza los placeres materiales; cuánta gente se agita, se esfuerza y sufre por intereses fugaces. La liturgia cuaresmal nos invita a recordar que la materia no puede ser la finalidad última de nuestras vidas, y a preguntarnos: ¿habré dado real y sincera prioridad a lo que concierne a mi salvación eterna?

«Te daré el poder y la gloria de todo eso [...]. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo» (Lc 4, 6-7), continúa el tentador. El demonio tiene el arte de pintar, a nuestros ojos ingenuos, actos opuestos a la voluntad de Dios como engañosa fuente de felicidad. Eso es lo que intentó hacer con el Señor, e intenta hacerlo con todos los hombres, desde Adán y Eva.

Para no sucumbir a esa tentación, basta con reconocer la autoridad de Dios sobre nosotros, como declaró Jesús: «A Él solo darás culto» (Lc 4, 8). Hoy también debemos interrogarnos: ¿he buscado las alegrías fugaces del pecado, despreciando los

mandamientos divinos, o la práctica de la virtud, único manantial de la verdadera felicidad?

Finalmente, el diablo traslada al Señor al alero del Templo y le dice: «Tírate de aquí abajo» (Lc 4, 9). Se trata de una invitación a una insensata pretensión de salir ileso del peligro. A menudo no es el diablo quien propone directamente el pecado, sino la ocasión...

¿No es ésa la misma pretensión de no pocos que se ponen en ocasiones próximas de pecado? Y la respuesta del Señor —«No tentarás al Señor, tu Dios» (Lc 4, 12)— suscita una cuestión en la conciencia: ¿me he mantenido alejado de las personas, lugares, objetos y circunstancias que me llevan a pecar? ¿O me acerco a ellos con la ilusoria pretensión de no pecar, aunque me exponga al peligro?

Nuestro paso a la vida eterna depende de una fe operante en el misterio de la Resurrección. No se trata sólo de creer, sino de luchar por lo que se cree. Y la liturgia de este domingo nos inspira a pedir luces al Espíritu Santo para combatir las tentaciones, que consiste en llevar una vida centrada en lo sobrenatural, en oposición a una existencia de placeres materiales; en buscar la felicidad

en la obediencia a la ley de Dios, contrariando las pasajeras alegrías ofrecidas por el demonio, por el mundo y por la carne; en procurar siempre ocasiones de virtud, frente a ocasiones de pecado.

Así, cuando terminen nuestros «cuarenta días» en el desierto, es decir, los pocos años de nuestra vida mortal, veremos a los ángeles bajar del Cielo y conducirnos al banquete eterno. ✠

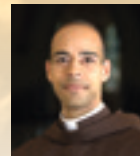


«La tentación de Cristo en la montaña», de Duccio di Buoninsegna - Colección Frick, Nueva York

Todos tenemos que pasar por tentaciones. ¿Qué ejemplo nos da el divino Maestro para combatirlas eficazmente?

¿Cómo encontrar la luz en un mundo de tinieblas?

✠ P. Cyril Avinash, EP



El materialismo técnico de nuestros días nos nubla la visión de los horizontes sobrenaturales que el Señor quiso hacer patentes en su gloriosa Transfiguración

Los avances tecnológicos de las últimas décadas le han revelado al hombre la existencia de realidades hasta entonces insospechadas. Hoy conocemos ciertas frecuencias, como los rayos ultravioleta e infrarrojos, que están ocultas al ojo humano, pero que pueden tener un efecto intenso y a veces incluso nocivo sobre nuestra piel. Del mismo modo, algunos espectros sonoros son perceptibles por ciertos seres vivos y no por otros. Esto hace que, por ejemplo, los perros oigan sonidos inaudibles para nosotros. Tales elementos nos presentan un mundo inaccesible a nuestros sentidos.

Ahora bien, si existen luces y sonidos que no percibimos en el ámbito físico, ¿qué decir de lo que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar» (1 Cor 2, 9)?

No obstante, la misma tecnología que debería ayudarnos a comprender, por analogía, el mundo sobrenatural, nos condiciona cada día más a vivir apartados de él, «encerrados» en un universo material autosuficiente, independiente y supuestamente perfecto, que pretende proporcionarle al hombre una completa satisfacción de sus anhelos y necesidades; un universo —no podría ser de otra manera— vedado a toda influencia trascendental y del que Dios es el gran excluido.

En la segunda lectura, el Apóstol denuncia la mentalidad de los que así viven: «Su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas; sólo aspiran a cosas terrenas» (Flp 3, 19).

Ya en el Evangelio encontramos la narración de la Transfiguración del Señor (cf. Lc 9, 28b-36). A sus allegados, Jesús quiso revelarse como Dios en lo alto de una montaña, donde les mostró la gloria de su divinidad, su realeza y su poder. ¿Con

qué propósito? Para que sus discípulos no prevaricaran ante la rudeza de la cruz y no se avergonzaran de Él cuando le vieran padecer.¹

En el fondo, el divino Redentor les concedía a sus Apóstoles una gracia insigne: la elevación de miras, mediante la cual pudieron curarse del naturalismo que los cegaba y convertirse, en palabras de San Pablo, en «ciudadanos del Cielo» (Flp 3, 20). Siendo fieles a esta dádiva, vivirán siempre en función de la visión del monte Tabor, que les dará la fuerza para soportar con valentía los tormentos de la Pasión.

Nunca hemos estado tan rodeados de incertidumbre como en nuestros días. Guerras, epidemias y catástrofes subrayan a cada instante la autenticidad de las profecías de la Santísima Virgen en Fátima. Mientras tanto, el mundo idílico fabricado por los propagandistas del materialismo amenaza con derrumbarse en cualquier momento, abandonando a sus adeptos a su propia suerte.

En esa hora, ¿quiénes permanecerán en pie sino los auténticos «ciudadanos del Cielo», que con las miras elevadas esperan en el Señor y por eso tienen valentía (cf. Sal 26, 4)? Saben que el Creador del universo posee el poder para someterlo todo (cf. Flp 3, 21).

Con quienes viven así, a ejemplo del patriarca Abrahán, Dios establece una alianza indisoluble (cf. Gén 15, 18), por la cual, incluso en medio de las más terribles tinieblas del panorama actual, pueden proclamar: «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?» (Sal 26, 1). ✠

¹ Cf. SAN LEÓN MAGNO. *Sermón 51*, n.º 2: SC 74bis, 25.

«Si no os convertís, pereceréis como ellos»



✠ P. César Javier Díez Juárez, EP

Era una creencia generalizada entre el pueblo hebreo que cualquier desgracia que le sucediera a alguien se debía a sus propios pecados o a los de sus padres. De ahí que en cierta ocasión los discípulos, a propósito de un ciego, le preguntaran a Jesús si tal desgracia era culpa suya o de sus progenitores (cf. Jn 9, 1-2). Ciertamente, Dios puede castigarnos por nuestro propio bien, como leemos en el pasaje del Evangelio en el que el Señor le advierte al paralítico al que curó: «No peques más, no sea que te ocurra algo peor» (Jn 5, 14).

Por otra parte, observamos que en la secta de los fariseos existía la tendencia a sentirse superiores ante las desgracias y los pecados del prójimo, como nos muestra la parábola del fariseo y el publicano (cf. Lc 18, 9-14).

Estas consideraciones nos ayudarán a comprender el Evangelio de este tercer domingo de Cuaresma (cf. Lc 13, 1-9).

Leemos que «algunos» de los presentes le contaron a Jesús lo que había pasado con los galileos asesinados por orden de Pilato en el momento de ofrecer el sacrificio, mezclando su sangre con la de las víctimas que estaban inmolando. Para su sorpresa, Jesús les contestó poniendo en duda que los supervivientes, tanto de ese desafortunado hecho como el del derrumbe de la torre de Siloé, fueran menos pecadores que los fallecidos.

En la respuesta del divino Maestro se nota una seria censura a la actitud de los que le dieron la noticia, los cuales se sentían justificados al ver el castigo de los que habían perecido. Ahora bien, en varias ocasiones el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira nos advirtió de que quien tiene el vicio de criticar a los demás lo hace porque, en el fondo, se cree superior. Por eso el Señor les amonesta: «Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera» (Lc 13, 5), colocando a aquellos judíos en el nivel espiritual de los fallecidos.

En este sentido, en la segunda lectura (1 Cor 10, 1-6.10-12) San Pablo exhorta a los corintios a evitar la murmuración, contra Dios o contra el prójimo, a no considerarse nunca justificados y a estar vigilantes para no caer.

La verdad no está en quien afirma estar libre de pecado (cf. 1 Jn 1, 8). Por tanto, debemos preguntarnos si no hemos caído en la presunción de pensar que estamos exentos de confesarnos, bajo esa alegación tan escuchada últimamente: «Yo no tengo pecados».

Ahora nos toca, a mitad de la Cuaresma, preguntarnos cómo vamos a presentarnos en las celebraciones litúrgicas del Triduo pascual: ¿necesitaremos purificar nuestra alma de las maledicciones y habladurías contra Dios o contra el prójimo?

Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. Ez 33, 11). Por eso Jesús, después de su severa advertencia, les propone a sus oyentes la parábola de la higuera estéril, en la que Él se presenta como el divino Viñador dispuesto a defender ese árbol —que podría ser cada uno de nosotros— de la decisión del Señor de la vña, y se compromete a fortalecerlos con los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía.

Sepamos aprovechar el tiempo que nos queda para erradicar de nuestra alma todo lo que impide su fructificación, y aceptemos las gracias de conversión que, en este tiempo favorable, se derraman sobre nosotros. No suceda que, si no damos los frutos deseados, seamos definitivamente cortados. ✠

Nuestro Señor Jesucristo -
Catedral de Nuestra
Señora de los Ángeles,
Los Ángeles
(Estados Unidos)

*En esta
Cuaresma,
extirpemos
de nuestras
almas todo lo
que nos impide
progresar en
la vida
espiritual,
empezando por
reconocer que
necesitamos
hacerlo*



Reproducción

Cómo nos libramos de la impenitencia y del orgullo



✠ P. Eduardo Miguel Caballero Baza, EP

Los dos hermanos de la parábola del hijo pródigo son paradigmas de cómo debemos comportarnos ante el perdón que Dios quiere darnos a nosotros y a los demás

El hijo pródigo pecó gravemente contra Dios y contra su padre. Ni siquiera el movimiento sincero de su conversión está exento de interés personal: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre» (Lc 15, 17). Sin embargo, acepta con sencillez la humillación de ser perdonado y las manifestaciones de alegría de su padre por haberlo recuperado con vida. Nunca habría imaginado una reacción semejante, pero, ciertamente sorprendido, se deja perdonar.

De hecho, es tan importante querer perdonar como aceptar el perdón ofrecido. Ambas actitudes son elementos necesarios para que se produzca una verdadera restauración.

¿Y el hijo mayor? ¡No ha pecado jamás! O al menos eso es lo que él piensa de sí mismo: «No he desobedecido nunca una orden tuya» (Lc 15, 29). ¿Será verdad que jamás había pecado contra su padre? *Nemo repente fit summus*, nada grande se hace de repente: si en ese momento culminante va contra los deseos de su padre con respecto de su hermano, quiere decir que ya lo había hecho antes... Sí, el hijo mayor pecó; pecó de orgullo, de ira, de envidia. Y rechazó la insistente invitación de su padre a participar del perdón otorgado a su hermano. ¿Habrá pecado sólo levemente? Esa es una buena pregunta...

Evidentemente, es Dios mismo quien le habría concedido todas y cada una de las gracias al hijo ingrato que había dilapidado los bienes de su padre, desde los primeros remordimientos de conciencia «cuando todavía estaba lejos» (Lc 15, 20), así como al hijo orgulloso que no quería perdonar. Como el maná dado gratuitamente a los israelitas durante cuarenta años en el desierto, recordado en la primera lectura (Jos 5, 9a.10-12), así distribuye Él sus gracias a los pobres pecadores. En rigor, el artífice de la

conversión es siempre el Señor, pero ésta nunca se produce sin el consentimiento del alma pecadora, que debe aceptar ser curada. ¿Cuál habrá sido la reacción final del hijo mayor? La parábola no lo dice.

La liturgia de este Domingo «Lætare» nos invita a la alegría. Ésta consiste en dos actitudes diferentes pero armónicas. Por una parte —como el hijo pródigo—, dejándose perdonar con sencillez, aceptando la misericordia de Dios humildemente. Por otra —haciendo lo contrario del hijo mayor—, saber perdonar a los demás, acatando con sumisión el perdón que Dios quiere concederles.

La Divina Providencia dispuso que María Santísima hiciera posible lo que afirma San Pablo en la segunda lectura: «Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados» (2 Cor 5, 19). Es Ella quien obtiene de Dios la gracia de la conversión para los «hijos pródigos», para los «hijos mayores»... y también para nosotros. Pidámosle a Nuestra Señora que nos libre de la impenitencia y del orgullo. ✠



«El regreso del hijo pródigo», de Félix Boisselier - Escuela Nacional Superior de Bellas Artes, París

¡QUÉ DIFERENTES SON LOS JUICIOS DE DIOS!

Aunque la devoción a la santa carmelita de Lisieux, Teresa del Niño Jesús, está ampliamente extendida, pocos reconocen y admiran en ella una virtud muy olvidada en nuestros días: ¡la rectitud! Entre las distintas cualidades sobrenaturales que adornaron su alma, se puede decir que la rectitud le sirvió de cimentación en su vida espiritual, haciendo que su preocupación exclusiva consistiera en ser como Dios quería que fuera, y no en aparentar ser lo que los hombres deseaban de ella...

Es costumbre en los conventos que las religiosas tengan un período de ocio, en el que conversan o se entretienen en actividades diversas. En diciembre de 1896, Santa Teresa se encontraba en este momento de recreación cuando se escucharon un par de campanadas, que indicaban la llegada de alguna visita.

Se trataba de la entrega de unas ramas de árbol destinadas al belén de ese año. La madre Inés de Jesús, que en aquella ocasión era la depositaria, es decir, la responsable de las finanzas del Carmelo, estaba ausente. La hermana portera fue entonces en busca de una monja que pudiera acompañarla a recoger la mercancía, como lo prescribía la regla. Al encontrarse con sor Teresa y otras religiosas que la rodeaban, preguntó: «¿Quién me va a servir de tercera?».

Santa Teresa se entusiasmó con la idea y, según cuenta ella misma, se sintió inclinada a ofrecerse. De inmediato se puso a desatarse el de-

lantal. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que sor María de San José también estaba entusiasmada con esa tarea, decidió quitarse el delantal lentamente, para darle la oportunidad de presentarse primero, lo que de hecho sucedió.

Sin sospechar lo que ocurría en el interior de la santa, la hermana portera la miró y, bromeando, le dijo: «Pues bien, sor María de San José va a ser quien añada esta perla a su corona. ¡Vuestra caridad iba demasiado despacio!».¹ La santa carmelita simplemente le respondió con una sonrisa, y a continuación reflexionó consigo: «¡Oh, Dios mío, qué diferentes son tus juicios a los de los hombres! Así es como nos equivocamos a menudo en la tierra, tomando por imperfección en nuestras hermanas lo que es mérito ante ti».²

¡Qué gran lección nos da este episodio! ¿Y nosotros? Cuántas ve-

ces nos preocupamos por las opiniones ajenas y, en consecuencia, cambiamos nuestra forma de actuar o de pensar... O, peor aún, cuántas veces juzgamos a los demás solamente por las apariencias, que no siempre coinciden con lo que llevan en su interior.

En tales circunstancias, acordémonos del ejemplo que nos ha dejado la admirable santa de Lisieux e, implorando su auxilio, roguémosle que nos obtenga la gracia de ser sencillos ante Dios, libre de todo rastro de fariseísmo, esto es, almas enteramente íntegras y puras. ✚

¹ Cf. SANTA TERESA DE LISIEUX. «Dernières paroles. Carnet jaune. 6 avril 1897». In: *Œuvres*. www.archives.carmeldelisleux.fr.

² *Idem, ibidem*.



Carmelitas de Lisieux durante una recreación, en 1895.
Santa Teresa es la primera de pie, a la izquierda

Reproducción



La gran ley de la misericordia

Con la Encarnación del Verbo, se inició una nueva relación entre el Creador y sus criaturas, regida por el perdón y por la misericordia.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Cuando tenemos la oportunidad de recorrer la historia de la Antigüedad, anterior a la venida de Nuestro Señor Jesucristo, por tanto, nos quedamos con la impresión de que una noche profunda reinaba sobre el mundo, con una densidad de oscuridad espantosa, de la que estaban ausentes toda bondad y armonía en las relaciones, toda comprensión de la naturaleza humana en su integridad, belleza y dignidad. Y constatamos tristemente hasta qué punto el hombre, caído por el pecado y sin auxilio sobrenatural, es capaz de las peores barbaries.

Para hacerse una mejor idea de cómo la vida social se basaba en el egoísmo y en el odio, basta recordar que todos los pueblos practicaban la esclavitud. Cuando una nación derrotaba a otra, ésta se convertía en esclava de la primera, que la trataba con increíble brutalidad. El esclavo era considerado *res* —del latín, cosa—, y respecto de sus propias «cosas» cada uno, por ser su propietario, hacía lo que quería, teniendo incluso, en muchos casos, derecho de vida y muerte sobre el otro.

Hasta en Israel, el pueblo elegido, existían nada menos que esclavitud y diversas formas de pena de muerte, como la lapidación. Y las propias figuras bíblicas del Antiguo Testamento fueron creadas

por Dios para sostener una sociedad que vivía bajo un régimen durísimo.

¿Qué garantizaba ese sustento? La ley recibida por Moisés, grabada en tablas de piedra; una ley pesada y rígida, por la cual, cuando un israelita cometía una falta grave, se le aplicaba inmediatamente la estricta justicia. Y así, a la espera de que el régimen de la misericordia se instaurara sobre la faz de la tierra, la antigua alianza mantenía a los hombres

bajo el yugo del miedo —de la «maldición de la ley» (Gál 3, 13), según San Pablo— para que permanecieran con relativa seguridad en la práctica de la virtud.

La idea que la gente tenía de Dios no era la de un Padre, sino la de un Señor justo, radical e intransigente, quien, al manifestarse en el monte Sinaí, reunió a todo el pueblo a su alrededor e hizo temblar la montaña, en medio de fuego, humo, tormenta, truenos y un aterrador sonido de trompeta (cf. Éx 19, 18-19).

El Señor se hizo emblema de la misericordia...

Pero Dios, desde toda la eternidad, sabía que los castigos y las amenazas no enmendarían el desastre que se había instalado en la tierra con el pecado cometido por Adán y Eva. Por eso, llegada la plenitud de los tiempos, las tres personas de la Santísima Trinidad crearon a Nuestra Señora, en cuyo seno virginal el Verbo asumió la naturaleza humana para reparar la falta original y saldar la deuda de la humanidad. Entonces la historia cambió completamente: a costa de sus sufrimientos, entregándose por muerte de cruz, pagó en sobreabundancia el precio de la Redención del género humano, lo elevó de nuevo al plan divino y las puertas del Cielo,



La antigua alianza mantenía a los hombres bajo el yugo del miedo —de la «maldición de la ley»— para que permanecieran con relativa seguridad en la práctica de la virtud

«Moisés rompe las tablas de la ley», de Gustave Doré

hasta entonces cerradas, se abrieron a los hombres.

Ahora bien, Nuestro Señor Jesucristo nació para ponerse a nuestra altura y a nuestra disposición. El Todopoderoso, que había hecho temblar el monte y ordenado que cayera fuego del cielo, viene trayendo palabras de esperanza, de vida y de aliento, que dan a la humanidad caída una idea de hasta qué punto el mismo Dios que odia el mal no rechaza a los pecadores que sucumben por debilidad, y está predispuesto a valerse de la misericordia que había retenido en sí hasta ese momento.

Así pues, Jesús se hace emblema de la misericordia. Su corazón humano se conmueve y siente alegría al beneficiar a los miserables. Por eso nunca deja de curar a un enfermo, convierte a la samaritana y a María Magdalena, perdona los pecados del paralítico bajado por el techo y los de la mujer sorprendida en adulterio. No hay una sola persona que se le acerque para pedirle perdón que no salga absuelta. En aquellas circunstancias, el rigor estaría contraindicado y alejaría a los pecadores dispuestos a arrepentirse y a aceptar la Buena Noticia; solamente cabía aplicar el bálsamo de la condescendencia y del amor.

A los únicos que el Salvador no cura es a los fariseos, que murmuran en voz baja al oído de los discípulos, condenándolo porque come con publicanos y pecadores. Y oyen, de los labios divinos, frases que los dejan achantados: «No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan» (Lc 5, 32); «No he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo» (Jn 12, 47). Estas palabras no sólo hirieron los oídos, sino también el criterio endurecido de aquellos judíos, contradiciendo los principios de trato existentes entre ellos.

... y la proclamó ley

¡Qué magnífico contraste! Jesús, la Belleza, la Pureza, la Perfección en esencia, no desprecia a los pecadores, hombres considerados unos parias, sino que los cubre con el manto de su



Andreas F. Borchert (CC by-sa 4.0)

El Señor nace para ponerse a nuestra altura y a nuestra disposición: su corazón humano se conmueve y se alegra al beneficiar a los miserables

Jesús cura al paralítico - Catedral de San Colmán, Cobh (Irlanda)

santidad, como diciendo: «Respetad a estas personas, porque están bajo mi cuidado. Yo soy el médico y ellos son mis pacientes».

Vemos en la actitud de Nuestro Señor Jesucristo no sólo una manifestación de amistad, sino algo más osado: aprovechaba toda oportunidad para proclamar la nueva gran ley de la misericordia.

La ley de Moisés continuaba siendo la misma, porque es eterna, como dijo el divino Maestro: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas» (Mt 5, 17). Sin embargo, venía a completarla, estableciendo una vía de santi-

dad mucho más intensa, que no se basa en el temor al castigo, sino en la transformación interior de las almas mediante la gracia y los sacramentos, de modo que el hombre comenzó a desear y amar con entusiasmo la práctica de la ley, y ésta se volvió ligera: «Mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (Mt 11,30).

Dios tiene necesidad de perdonar y se apresura en hacerlo

Las parábolas más hermosas sobre la misericordia narradas en el Evangelio —las de la oveja y de la dracma perdidas y la del hijo pródigo (cf. Lc 15, 3-32)— las cuenta el Señor precisamente mientras discutía con los fariseos, para mostrar cómo el que vuelve al camino verdadero, después de haber abandonado las filas de la virtud y abrazado el vicio, da más alegría a Dios que los justos que perseveraron.

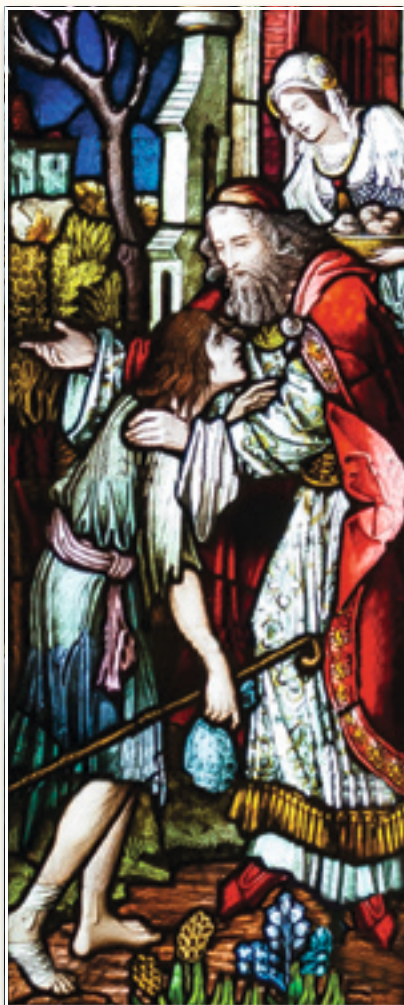
Recordemos aquí nada más que la bellísima escena en la que el hijo pródigo regresa a casa —podemos imaginarlo arrastrándose, harapiento, con la barba y el pelo cubiertos de la inmundicia de los cerdos— y el padre, al verlo de lejos, sale corriendo a abrazarlo...

¿Habría colocado Jesús este detalle en la parábola por distracción? ¡No! El Redentor quería señalar que cuando un pecador se acerca al sacramento de la reconciliación, él, por así decirlo camina; pero Dios ¡corre, vuela, se precipita sobre él, ávido de sanarlo rápidamente!

El padre presentado en la parábola actúa de forma totalmente distinta a los patrones comunes de paternidad, sobre todo los de aquellos tiempos. Lejos de humillar a su hijo por el error cometido, se adelanta a recibirlo y con enorme benevolencia cubre de besos aquel rostro sucio y maloliente.

Esto significa que la remisión de los pecados será siempre un don puramente gratuito, fruto de la generosidad de un Padre que no sólo desea perdonar, sino también infundir en el alma del pecador arrepentido fuerzas y energías para evitar nuevas caídas.

Podríamos decir que Dios tiene necesidad de perdonar, porque a través del perdón es por donde manifiesta su omnipotencia. En efecto, si todos los hombres perseveraran en la plenitud de la fidelidad, sin un solo desliz, el Altísimo se nos presentaría como alguien cuyo brazo izquierdo fuera perfecto, pero el derecho estuviera enyesado. Sin duda conoceríamos la afección divina al infundir el bien, pero la misericordia que perdona la ofensa permanecería oculta y la obra de la creación sería imperfecta.



Andreas F. Borchert (CC by-sa 3.0)

Cuando un pecador se acerca al sacramento de la reconciliación, Dios se precipita sobre él, ávido de sanarlo rápidamente

El regreso del hijo pródigo - Catedral de San Colmán, Cobh (Irlanda)

Así, cuando en nuestra vida comemos alguna falta por flaqueza, sepamos comprender que esa debilidad da a Dios los medios para «mover los dos brazos», es decir, intervenir con su suprema capacidad de perdonar, curar y sostener.

Primera condición: reconocer la propia miseria

¿Y qué espera de nosotros? ¡Arrepentimiento! He aquí la primera condición esencial para recibir el perdón. Pues quien piensa que no tiene necesidad de éste, se engaña a sí mismo y hace pasar a Dios por mentiroso, como enseña el apóstol San Juan en su primera epístola (cf. 1 Jn 1, 8-10). Es lo que rezamos diariamente en el padrenuestro: «Perdona nuestras ofensas» (Mt 6, 12). Al componer la oración perfecta, el Señor no iba a incluir una petición sin sentido. Por lo tanto, a todos nos corresponde afirmar que efectivamente hemos pecado y, en consecuencia, reconocernos deudores.

A excepción de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen —ambos impecables y, por consiguiente, no sujetos a perdón alguno—, todas las demás criaturas podrían ser más perfectas.

Incluso los santos tienen algún motivo para golpearse el pecho, ya que el justo peca siete veces al día (cf. Prov 24, 16). Entonces, ¿por qué habríamos de jactarnos de nuestras cualidades, presentándonos como grandes? Si ellos se golpearon el pecho con la mano derecha, ¿no deberíamos nosotros golpearnoslo con un martillo, gimiendo con el corazón contrito y humillado como David: «Misericordia, Dios mío, por tu bondad» (Sal 50, 1)?

¡El orgullo humano es, pues, una locura y una monumental estupidez! Si somos presuntuosos, confiando demasiado en nosotros mismos, Dios retirará su mano y nos dejará en nuestra pobreza; si, por el contrario, sabemos ser humildes, comprendiendo que no tenemos otra prerrogativa ante Dios más que la

constatación honesta y sin atenuantes de nuestra nada, Él nos dará lo que le pedimos y recuperaremos todavía más de lo que perdimos con nuestras faltas.

No obstante, la tristeza a la vista de nuestras imperfecciones debe ser templada por la esperanza. Tengamos cuidado de no dejarnos abatir nunca, y menos aún caer en la desesperación, porque ésta puede llevar al hombre a cometer pecados más graves y numerosos. El peor mal no es la propia falta cometida, sino el desánimo que el demonio introduce en el alma del pecador, tratando de hacerle perder la confianza en Dios.

Segunda condición: perdonar a los enemigos personales

Sin embargo, es conveniente considerar una segunda condición —no menos esencial que la primera— para obtener el perdón, indicada también por el Señor en el padrenuestro: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden» (Mt 6, 12).

Quiso, con gran énfasis, poner de relieve esa condición, pues la repitió en otras ocasiones: «Si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mt 6, 15); «Perdonad, y seréis perdonados» (Lc 6, 37).

Son palabras comprometedoras, con las cuales el Señor exige tal reciprocidad que pone nuestro propio destino en nuestras manos: para reconciliarnos con Dios es absolutamente indispensable que perdonemos a quienes nos han ofendido, ya sea poco o mucho.

Hay muchas razones que llevan al hombre a no olvidar las injurias recibidas, pero esta dificultad se origina, sobre todo, en una vida espiritual mal cuidada. Si es imposible superar el rencor sin la gracia de Dios, también es cierto que el flujo de la gracia necesita ser alimentado con la oración; de lo contrario, no se tienen fuerzas para perdonar a los enemigos.

Evidentemente se trata aquí de enemigos personales, aquellos con



María Santísima fundará su Reino sobre un gran perdón, concedido a una generación débil pero fiel, a la cual le abrirá una puerta de misericordia

Monseñor João en una reunión en 1998

los que uno siente antipatía; pero no de los adversarios de la fe. Respecto a éstos, debe exigirse una reparación por el daño causado a Dios y a la religión.

Hagamos, por tanto, un esfuerzo para amar de todo corazón a quienes nos odian y así nos asemejaremos a Dios, ¡el gran Perdonador!

El Reino de María nacerá de un gran perdón

La Santa Iglesia Católica Apostólica Romana tuvo en su nacimiento el reconocimiento de su propia miseria por parte de pecadores, como los Apóstoles. Habían acompañado al Señor y fueron testigos de fabulosos milagros realizados por su poder. No obstante, cuando llegó la hora de la Pasión, huyeron y lo abandonaron. Más tarde buscaron, humillados, a la Santísima Virgen

y fue en la convivencia con Ella donde encontraron el perdón.

Ahora bien, nosotros estamos llamados igualmente a contribuir a la fundación del Reino de María. Sin embargo, constatamos que lamentablemente nuestra naturaleza está quebrada por la Revolución, dominada por sensaciones y sujeta a inseguridades. Ni siquiera somos como los hombres del Antiguo Testamento, ni tampoco como los Apóstoles, mucho menos como los hombres medievales que levantaron la cristiandad. Al contrario, si consideramos nuestra vida pasada, ¡cuántas lagunas y errores, cuántas infidelidades, cuánta lentitud y relativismo no encontraremos!

¿Cómo entonces podrá nacer el más hermoso reino de la historia? ¿Será gracias a nuestro esfuerzo? ¿Lograremos arrancar de nosotros mismos

cualidades y virtudes para hacer que surjan maravillas?

Se puede afirmar que el Reino de María será fundado sobre un gran perdón, concedido a las personas miserables que reconocen sus incapacidades y su nada. Será el Reino donde el poder de Nuestra Señora brillará con mayor gloria, actuando en una generación débil pero fiel, porque Ella nos abrirá una puerta de misericordia (cf. Ap 3, 8).

Dirijamos nuestra mirada y nuestro corazón a la Madre de todas las gracias con la confianza de hijo único: Ella nos llevará en sus brazos y nos dará, junto con el perdón, el aliento para recomenzar de manera más grandiosa el camino que la humanidad ha interrumpido por su inconstancia. ✠

Fragmentos de exposiciones orales realizadas entre los años 1992 y 2010.

¿Jesucristo instituyó la confesión?

Nuestro Señor quiso dejarnos un medio para recurrir continuamente a su perdón y estar moralmente seguros de recibirlo.

✠ Nelson José Camilo López



Al proclamar que la vida del hombre sobre la tierra es una lucha (cf. Job 7, 1), Job no hace más que recordar el férreo enfrentamiento que se libra en el interior de cada persona, en la elección entre el bien y el mal. Manchada por el pecado, la naturaleza humana se debilitó en extremo, de tal manera que es incapaz de practicar la virtud establemente sin la ayuda de la gracia y el esfuerzo constante.

Cuántas son, no obstante, las ocasiones en las que nos dejamos vencer por nuestras debilidades, por ilusiones traicioneras o por nuestros propios caprichos... Cuántas veces acabamos cayendo en el abismo del pecado... Sin embargo, aún peor que cometer una falta es adoptar una actitud de indiferencia y lasitud después de la caída. Nuestras ofensas pueden afectar tal o cual mandamiento, pero el descuido atenta directamente contra el primero: «Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6, 5).

El perdón divino en el Antiguo Testamento

Por esa razón, desde la primera falta —el pecado original— el Al-

tísimo no cesa de invitar al hombre a la conversión. Esto es lo que verificamos al recorrer las páginas del Génesis. Adán comió el fruto prohibido y luego se escondió; no obstante, Dios tomó la iniciativa de llamarlo y atraerlo hacia

sí, «ansioso» de que volviera su rostro y sus caminos hacia la senda del bien (cf. Gén 3, 8-10).

Esta actitud del Creador se repite a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Se manifiesta continuamente, deseoso de conducir al hombre a la conversión: ora se muestra como buen Padre, ora como Esposo amoroso, Señor fiel, siempre dispuesto a renovar su alianza y perdonar al que se arrepiente.¹ En la pluma de Isaías, llega a comparar su amor con el de una madre: pregunta, por labios del profeta, si una mujer puede olvidar a aquel a quien amamanta y no tener ternura del fruto de sus entrañas; y afirma que, incluso si esto sucediera, Él nunca abandonaría a los suyos (cf. Is 49, 15).

De diversas maneras, el Dios de la misericordia suscitaba en el corazón de cada ser humano el sentimiento de compunción, ya fuera a través de los rituales penitenciales de la ley mosaica, ya por las predicaciones proféticas o las prácticas de excomunión de la sociedad.



Dios es el Padre amoroso que sale al encuentro del hijo compungido, olvidando todo lo sucedido en el pasado

«El regreso del hijo pródigo», de Guercino - Museo Diocesano de Włocławek (Polonia)

Nuestro Señor Jesucristo y el perdón a los pecadores

Con el advenimiento del Redentor, el perdón y la conversión ad-

quieren un sentido mucho más profundo. En primer lugar, nos introduce en una convivencia íntima con Dios, dándonos la gracia de hacernos hijos suyos y de tratarlo como tales: «Padre nuestro que estás en el Cielo...» (Mt 6, 9).

Al mismo tiempo, es notorio cómo sus parábolas están impregnadas de amor misericordioso para con los débiles. Entre ellas, recordemos la de la oración del publicano (cf. Lc 18, 9-14), la del rey indulgente y del súbdito ingrato (cf. Mt 18, 23-35), la del buen pastor (cf. Lc 15, 3-7), y —quizá la más expresiva de todas— la del hijo pródigo (cf. Lc 15, 11-32). En efecto, Dios es el Padre amoroso que ni siquiera espera a que su hijo compungido se acerque desde lo lejos, sino que sale a su encuentro, olvidando todo lo sucedido en el pasado. Incluso prepara un festín para celebrar la conversión de aquel que había estado perdido.

El perdón de los pecados es el eje de la misión redentora del Verbo Encarnado, hasta el punto de que lo quiso dejar consignado en la fórmula de la consagración eucarística: «Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias y dijo: “Bebed todos; porque esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos *para la remisión de los pecados*”» (Mt 26, 27-28).

Ahora bien, queda la pregunta: ¿Cristo le otorgó ese poder a su Iglesia?

El momento de la institución

El Evangelio deja muy claro que Jesús no quiso absolver sólo mientras estaba físicamente presente en la tierra. Nos legó un medio por el cual podemos recurrir continuamente a su perdón y estar moralmente seguros de recibirlo. Esa insigne dádiva es el sacramento de la confesión.

El momento elegido para instituirlo fue la misma tarde del domingo de Pascua, cuando apareció resucitado a los Apóstoles: «Jesús repitió: “Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”. Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el



Reproducción

«A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados»: al conceder a los Apóstoles la facultad de absolver, Jesús les confía un poder divino

El Señor se aparece a los Apóstoles en el cenáculo, de Duccio di Buoninsegna - Museo dell'Opera del Duomo, Siena (Italia)

Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»» (Jn 20, 21-23).

El mandato

De este modo, el divino Redentor les concede a los Doce la capacidad de absolver en su nombre.

En primer lugar, la expresión «como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» pone de manifiesto que existe una analogía entre la misión de Cristo y la de la Iglesia, representada allí por el Colegio Apostólico. Así como el Señor vino a salvar a todo el género humano (cf. Jn 3, 17), principalmente a través de la victoria sobre el pecado, envía a los Apóstoles —y por medio de ellos a sus sucesores— a continuar esa misión que recibió del Padre.

Enseguida, «sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”». Este pasaje no debe confundirse con la venida del Paráclito en Pentecostés, acontecimiento que tendría lugar cincuenta días después. Según una interpretación

autorizada, Jesús infunde aquí el Espíritu Santo para conferirle a la Iglesia los medios sobrenaturales que necesita para continuar y prolongar su presencia y acción en el tiempo y en el espacio.²

Además, en el propio gesto del Salvador hay un simbolismo muy profundo, relacionado con el perdón de los pecados: al igual que el sopro divino engendró la vida humana (cf. Gén 2, 7), es el Espíritu Paráclito quien infunde la vida de la gracia en nosotros.

Finalmente, Jesús les dice: «A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». ¿Quién puede borrar las faltas sino Dios (cf. Mc 2, 7)? Al concederles la facultad de absolver, el Señor les confía un poder propiamente divino: el Creador quiere servirse de un ministro o intermediario para distribuir con liberalidad su misericordia.

Jesús está siempre dispuesto a perdonar

Un pormenor interesante que destacar es que en ningún momento Jesús



rechaza perdonar al pecador. Él no dice «a quien se los neguéis», sino «a quienes se los retengáis». Algunos autores³ aclaran que con este verbo no se debe entender el rechazo de la absolución, sino más bien la exigencia de condiciones para obtenerla. De este modo, la remisión del pecado implica dos etapas: por una parte, la imposición de ciertas obligaciones y, por otra, la declaración de que los pecados han sido borrados. Dios anhela concedernos la venia; sin embargo, antes es necesario que el penitente elimine los obstáculos que le impiden recibirla.

No podemos olvidar que, al perdonar, Jesucristo exige siempre un cambio de vida, como cuando exhorta a la adúltera a no ofender más a Dios (cf. Jn 8, 11). Pero a los que se convierten de corazón, les promete el Reino de Dios: «En verdad te digo: que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43).

¿Por qué confesarse?

No obstante, puede aflorar una duda en nuestro entendimiento. En ningún pasaje de los Evangelios nos parece que el Señor imponga la necesidad de confesar nuestros pecados a otro hombre. Sólo dice que los Apóstoles pueden perdonarlos o retenerlos. Entonces, ¿por qué la Iglesia determina la acusación de las faltas al sacerdote? De hecho, una cosa se sigue de la otra.

En el sacramento de la confesión, el ministro desempeña el papel de juez y de médico. Juez, porque el divino Maestro le ha confiado la obligación de decidir si perdonar o retener los pecados. Esta elección exige juicio por su parte y, como afirma el Concilio de Trento,⁴ los sacerdotes no serán buenos jueces si la causa no les es conocida de modo que puedan dictar la sentencia adecuada.

Además, cuando declaramos nuestras faltas al ministro con sincero



Francisco Lecaros

Por voluntad del Redentor, el ministro actúa en su nombre como juez y médico de las almas; lo que se exige del penitente es abandonarse confiadamente a la divina Misericordia

Absolución después de la confesión - Catedral del Santísimo Salvador, Aix-en-Provence (Francia)

arrepentimiento y recibimos de él la absolución, salimos con la plena confianza de que hemos sido perdonados por Dios. ¿De qué otra manera tendríamos tal certeza? Por eso es imprescindible que el penitente confiese sus faltas.

Y puesto que el confesor ejerce también el oficio de médico, se deduce que debemos declararle nuestras faltas a fin de recibir la ayuda adecuada. No es humillante someterse a la criba de un buen especialista cuando se está dolorido, pues «si el enfermo se avergüenza de mostrarle la llaga al médico, la pericia de éste no podrá curar lo que desconoce».⁵ De igual modo, quien haya sido herido por Satanás al cometer algún pecado, no debe avergonzarse de reconocer su culpa y alejarse de ella, recurriendo a la medicina de la penitencia.⁶

La confesión y el misterio pascual

Finalmente, conviene recordar un último detalle, que corrobora la altísima estima que debemos nutrir por la confesión: la relación entre su institución y la de la sagrada eucaristía. Durante la Última Cena, momentos antes de comenzar la Pasión, el divino Redentor nos legó el Sacramento de su Cuerpo y Sangre; y en la tarde del domingo de Pascua, en su primer encuentro con los Apóstoles, les dio el poder de perdonar los pecados. Así, el Señor inauguró el Triduo pascual celebrando el sacrificio eucarístico y lo clausuró estableciendo el sacramento de la penitencia.

Además, el hecho de que la Tradición haya considerado siempre que tanto estos acontecimientos como Pentecostés ocurrieran en el mismo lugar —el cenáculo— muestra la estrecha relación que existe, en el misterio salvífico, entre la Eucaristía, el sacramento del perdón y la doble efusión

del Espíritu Santo: con ellos se perpetúa la completa y definitiva victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte.

Una insigne dádiva otorgada a los hombres

La confesión es una enorme prueba de amor, mediante la cual el Creador ofrece con tanta facilidad su perdón al pecador contrito. Él, que tendría el derecho de castigarnos inmediatamente después de la falta cometida, no cesa de derramar sobre nosotros gracias de conversión, con el objetivo de que busquemos fervientemente este sublime sacramento.

Por voluntad del Redentor, el ministro actúa en su nombre como juez y médico de las almas. Lo que se le exige al penitente es que se abandone confiadamente a la Misericordia di-

EFFECTOS DE LA CONFESIÓN SACRAMENTAL

No cabe duda que la confesión, realizada en estas condiciones, es un medio de altísima eficacia santificadora. Porque en ella:

a) La sangre de Cristo ha caído sobre nuestra alma, purificándola y santificándola. Por eso, los santos que habían recibido luces vivísimas sobre el valor infinito de la sangre redentora de Jesús tenían verdadera hambre y sed de recibir la absolución sacramental.

b) Se nos aumenta la gracia *ex opere operato*, aunque en grados diferentísimos según las disposiciones del penitente. De cien personas que hayan recibido la absolución de las mismas faltas, no habrá dos que hayan recibido la gracia en el mismo grado. Depende de la intensidad de su arrepentimiento y del grado de humildad con que se hayan acercado al sacramento.

c) El alma se siente llena de paz y de consuelo. Y esta disposición psicológica es in-

dispensable para correr por los caminos de la perfección.

d) Se reciben mayores luces en los caminos de Dios. Y así, por

ejemplo, después de confesarnos comprendemos mejor la necesidad de perdonar las injurias, viendo cuán misericordiosamente nos ha perdonado el Señor; o se advierte con más claridad la malicia del pecado venial, que es una mancha que afea y ensucia el alma, privándola de gran parte de su brillo y hermosura.

e) Aumenta considerablemente las fuerzas del alma, proporcionándole energía para vencer las tentaciones y fortaleza para el perfecto cumplimiento del deber. Claro que estas fuerzas se van debilitando poco a poco, y por eso es menester aumentarlas otra vez con la frecuente confesión.



La confesión es un medio de altísima eficacia santificadora, pues por la sangre de Cristo purifica el alma, dándole paz, luces y fuerzas

Confesonario de la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

Extraído de: ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. Madrid: BAC, 2008, p. 450.

vina y confiese sus pecados, seguro de obtener el incomparable perdón de Dios.

Así, el sacramento de la penitencia se revela como un verdadero tesoro que la Providencia ha puesto al alcance

de todos. Es nuestro deber saber recurrir a él frecuentemente, con humildad y gratitud. ✠

¹ A modo de ejemplo, hemos seleccionado algunos pasajes que tratan del perdón o de la corrección de Dios como Esposo fiel: Ez 16, 60-63; Is 54, 4-8; 62, 3-5; Jer 3, 1-13; y como buen Padre: Dt 8, 5; Prov 3, 12; Sal 26, 10; 102, 13.

² Como puede leerse en el *Catecismo*: «Reciben el Espíritu de Jesús para actuar en su nombre y en su persona» (CCE 1120). Véase también: ADNÈS, SJ, Pierre. *La Penitencia*. Madrid: BAC, 1981, p. 41.

³ Por ejemplo: ROUILLARD, Philippe. *História da Penitên-*

cia, das origens aos nossos dias. São Paulo: Paulus, 1999, pp. 17-18.

⁴ Cf. CONCILIO DE TRENTO. *Doctrina sobre el Sacramento de la Penitencia*, c. 5: DH 1679-1680.

⁵ SAN JERÓNIMO. *Commentarius in Ecclesiasten*, c. x: PL 23, 1096.

⁶ Cf. AFRAATES. «Exposición 7». In: CORDEIRO, José de Leão (Ed.). *Antologia litúrgica. Textos litúrgicos, patrísticos e canónicos do primeiro milênio*. 2.ª ed. Fátima: Secretariado Nacional de Liturgia, 2015, p. 391.

¿Por qué y cómo confesarse?

La cantidad o la gravedad de los pecados, la vergüenza o la pereza, nada puede servir de pretexto para que hagamos mal uso o nos alejemos de este sacramento de curación y de salvación.



✠ Hna. María Cecilia Lins Brandão Veas

Judas Iscariote, al ver que Jesús había sido condenado a muerte, se dirigió al Templo para deshacerse del dinero espurio con el que había vendido a su Maestro. Cuando llegó, envuelto en tinieblas y dominado por la desesperación, dijo a los sumos sacerdotes: «He pecado entregando sangre inocente». Y aquellos pérfidos ministros se limitaron a responderle: «¿A nosotros qué? ¡Allá tú!» (Mt 27, 3-4). Entonces, Judas arrojó las monedas al suelo, salió del lugar santo y se ahorcó.

¡Oh, Judas! ¿No tenías por Maestro al Redentor que quita el pecado del mundo? ¿Por qué no corriste hacia Él, y si hacia la perdición? ¿Cómo le dolió al Corazón de Jesús ver a quien había vivido tres años en la escuela de su amor desconfiar de su perdón y precipitarse desesperadamente entre los condenados!...

Pues bien, ese mismo Jesús, despreciado por el traidor, nos espera a cada uno de nosotros en el confesionario para concedernos torrentes de su perdón. ¿Acaso le diremos también «no» a Él?

Pecadores por naturaleza, penitentes por la gracia

Perdón. Hermosa y conmovedora palabra, divina potestad y una real ne-

cesidad para los hombres. ¿Quién no necesita de perdón? Con absoluta excepción de Nuestro Señor Jesucristo y moralmente de María Santísima, todo hombre es pecable por naturaleza mientras peregrina en este valle de lágrimas, pues aunque el bautismo borre la mancha original del alma, no la libera de sus debilidades y de la concupiscencia que la inclinan al pecado.¹ Éste, una vez cometido, aleja de Dios al alma y hace imperativa una posterior conversión a Él, tanto más dolorosa cuanto mayor haya sido el alejamiento. Y este dolor caracteriza una virtud poco considerada, pero muy necesaria para nosotros, criaturas defectibles: la penitencia.

Generalmente se acepta que la palabra *penitencia* deriva del latín *pœnam tenere*, en el sentido de tener pena o dolor, compadecerse; o de *pœnire*, que significa castigarse por los pecados personales cometidos.² La penitencia, como virtud sobrenatural, es infundida por Dios en el alma y se ordena a reparar las injurias hechas contra Él, mediante el dolor y el arrepentimiento.

Darse cuenta del mal perpetrado puede ser fruto de un acto racional honesto o de una constatación provocada por un castigo, como sucede con un

asesino que se arrepiente de su crimen, no porque fuera un acto malo, sino porque se ve prisionero.

En cuanto al orden sobrenatural, «No se arrepiente el que quiere, sino el que Dios misericordiosamente quiere que se arrepienta»,³ pues ningún pecador tiene derecho a la gracia del arrepentimiento y nunca podría alcanzarlo por sus propias fuerzas. Y al tratarse de una obra divina es por lo que las lágrimas de la compunción han escrito algunas de las páginas más bellas de la historia, empezando por Adán, pasando por David, alcanzando un auge conmovedor en Santa María Magdalena y extendiéndose a las más diversas almas penitentes cuya humildad brilló en los ojos de Dios y de los ángeles a lo largo de los siglos. Hasta nuestros días, la Santa Iglesia no ha dejado de hacerse eco y alimentar el espíritu de contrición en sus fieles, en las súplicas de perdón y misericordia que abundan tanto en la liturgia y los ritos sacramentales como en las oraciones privadas en general.

Dios, que no niega su gracia a nadie, toca el alma del pecador y evidencia a sus ojos oscurecidos el horror de la ofensa hecha contra Él. Al volver en sí, el penitente aborrece las faltas cometi-

das, desea corregir su mala conducta y sus costumbres depravadas, y se anima con la esperanza de alcanzar el perdón. Esto es la penitencia interior. Cuando el dolor de alma y el perdón concedido por Dios se manifiestan, entonces tenemos la penitencia exterior, elevada por Cristo a la dignidad de sacramento.⁴

Tribunal en el que Dios es vencido

Cada uno de los siete sacramentos posee una materia, que constituye, junto con la forma, el signo sensible de la gracia que obran. En la eucaristía, por

ejemplo, tenemos el pan y el vino; en el bautismo, el agua; en la unción de los enfermos y en la confirmación, los óleos benditos. En el sacramento de la penitencia, tenemos la «remoción de una cierta materia, esto es, del pecado»,⁵ que se produce a través de las palabras del sacerdote: «Yo te absuelvo...».

Como vimos en el artículo anterior, Nuestro Señor Jesucristo instituyó el sacramento de la penitencia cuando, soplando sobre los Apóstoles después de la Resurrección, les dio la potestad de perdonar los pecados: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 22-23).

Ahora bien, ¿cómo se sabe a quién perdonar y a quién retener los pecados si no es mediante un juicio? ¿Cómo se puede emitir una sentencia justa si no es en un proceso judicial? En efecto, el sacramento de la penitencia tiene el carácter de tribunal, donde el sacerdote desempeña el papel de juez y el penitente el de reo denunciante de sus propios delitos; esto se debe a que nadie, aparte de Dios y la persona misma, puede penetrar en el interior de la conciencia. Por su carácter acusatorio, este sacramento suele llamarse *confesión*.

La confesión constituye así un verdadero tribunal de misericordia, en el que el reo contrito y con las debidas disposiciones tiene siempre ganada su causa, *siempre* es absuelto. De hecho, «no hay condena alguna para los que están en Cristo Jesús» (Rom 8, 1). De este modo, el reconocimiento humilde, unido a la petición de perdón, vence al Dios de toda justicia, convirtiéndolo en un Dios-compasión.

Condiciones de validez

Para que el sacramento de la penitencia sea válido, se le exige al penitente tres actos: la contrición, la confesión y la satisfacción.

Los pecados ocurren siempre por medio de pensamientos, palabras y acciones —en las que también se inclu-

yen las omisiones. Por ello, es preciso que Dios sea aplacado por las mismas facultades: por el entendimiento, ordenado por la contrición; por las palabras, purificadas en la confesión; y por las acciones, reparadas con el cumplimiento de la satisfacción, o sea, la penitencia impuesta por el sacerdote.

De todas las disposiciones del sujeto, la más necesaria es la contrición. El verbo *conterere* significa triturar algo sólido y consistente. En el ámbito espiritual, se refiere al dolor del corazón pecador machacado de remordimiento por el ultraje que ha cometido. Cuando el alma posee una contrición perfecta, detesta sus pecados específicamente porque consisten en una ofensa a Dios —y ahí radica su carácter sobrenatural— y obtiene el perdón de sus faltas incluso antes de declararlas en el confesionario, siempre que tenga la intención de hacerlo a la primera oportunidad que se le presente. En cambio, el arrepentimiento por mero temor del castigo, llamado contrición imperfecta o atrición, es suficiente para obtener el perdón de los pecados en el tribunal de la penitencia, pero no fuera de él.

Además, el propósito de no volver a pecar es una consecuencia necesaria de la buena contrición.⁶ Quien verdaderamente se arrepiente, decide firmemente abandonar todas las ocasiones que le llevan a pecar, aunque esto implique sacrificios, como la pérdida de bienes, amistades o prestigio.

El que en la confesión no hace serio propósito de enmendarse de sus pecados, o lo hace a medias, conservando su apego a vicios pecaminosos, representa, según San Juan Crisóstomo,⁷ el papel de un comediante: finge ser un penitente, cuando en realidad es el mismo pecador de antes. El propósito de enmienda debe ser, pues, firme, enérgico, eficaz. Tanto éste como la contrición han de tener un alcance universal, ya que no se trata de evitar tal o cual tipo de pecado, sino de rechazar todo y cada uno de los pecados, por ser una afrenta al Creador.



Gustavo Kralj

Dios toca el alma del pecador y evidencia a sus ojos el horror de la ofensa hecha contra Él, llevándolo a la penitencia interior

Santa María Magdalena penitente - Convento de San Agustín, Quito

Examen de conciencia... y mucha fe y confianza

Para no omitir ninguna falta grave, por olvido o por el nerviosismo del momento, conviene hacer primero un examen de conciencia, que consiste en analizar y escudriñar con diligencia los recovecos y escondrijos de la conciencia, tratando de recordar las faltas con las cuales se ha ofendido mortalmente al Señor, Dios nuestro. Los pecados veniales también son materia de confesión, y la Iglesia recomienda que sean declarados. Es muy recomendable que los pecados se escriban, para que nada escape a la acusación y afecte su perfección.

La confesión será hecha al sacerdote, que actúa en la persona del Salvador, representándolo al mismo tiempo como Juez, a quien el Padre «ha confiado todo el juicio» (Jn 5, 22); como Médico, que debe aplicar el remedio adecuado a las debilidades del alma enferma; como divino Maestro, al instruir y corregir al penitente; y, finalmente, como Padre, que no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (cf. Lc 5, 32).

Por consiguiente, es con espíritu de fe y confianza que el pecador debe acercarse al confesionario.

¿Desahogo o acusación?

¿Por qué decir los pecados? He aquí una pregunta que intriga a muchos.

La confesión vocal es una saludable medicina contra el orgullo, raíz de todos los males. Además, incluso desde el punto de vista humano, acusarse de algo alivia y facilita la reconciliación, como dice el adagio: «Las buenas cuentas hacen los buenos amigos». En el sacramento de la penitencia, la acusación de las faltas no es un acto im-



Debemos acercarnos al confesionario llenos de fe y confianza, acusando nuestras propias culpas con integridad y sencillez

«El confesionario», de David Wilkie - Galería Nacional de Escocia, Edimburgo

puesto por un tercero, sino voluntario por iniciativa del propio penitente.

¿Y cómo acusarse?

La confesión no es un desahogo de las dificultades de la vida, ni una oportunidad para granjearse la atención del sacerdote para satisfacer el deseo de ponerse en el centro; no es una justificación de los pecados ni una delación de las faltas de los demás... Es una acusación de las propias culpas.

Santo Tomás de Aquino⁸ hace un elenco de dieciséis cualidades de las que debe revestirse la acusación. Para mayor provecho espiritual de nuestros lectores, no nos detendremos en todas, sino sólo en las más relevantes.

Por derecho divino, la confesión debe ser necesariamente íntegra, es decir, deben acusarse todos los pecados morta-

les, con las circunstancias en que se cometieron, cuando éstas agravan o atenúan la malicia de los actos o cambian su especie. Por ejemplo, en el caso de robo, se debe mencionar la cantidad y calidad del objeto, así como la dignidad y condición de la persona robada; cuando existen desavenencias, sean leves o graves, se debe indicar quién ha sido herido física, moral o espiritualmente, sea un desconocido o un hermano; o, en el caso de adulterio, se debe especificar con quién se pecó, si con una persona soltera, casada o consagrada, ya que estas circunstancias cambian la especie del pecado.

Omitir conscientemente lo que ha de ser manifestado es abusar de la santidad del sacramento y desperdiciar la oportunidad de reconciliarse con Dios, pues la confesión se torna inválida y además hace al penitente reo de un pecado mayor: el sacrilegio.⁹ ¡Qué tristeza cuando en el día del Juicio final el alma se vea

condenada y aquello que no se atrevió a acusar en confesión sigilosa sea descubierto a los ojos de todos!... Será demasiado tarde. Por tanto, no es buena idea dejarse enmarañar por el maldito ovillo de la vergüenza con el que el demonio siempre trata de enredar al pecador.

Al mismo tiempo que íntegra, la acusación debe ser sencilla, sin frases rebuscadas ni divagaciones inútiles, a modo de incriminación. En otras palabras, basta con que sea sincera, presentando los pecados tal y como la conciencia los muestra, sin omisiones ni exageraciones.

La acusación también debe ser clara, y no susurrada hasta el punto de que no se oiga, ni pronunciada apresuradamente de manera que resulte incomprensible. «A veces deseamos

un perdón barato, fácil, aunque sin llegar a hacer una confesión mentirosa», señala acertadamente Dom Columba Marmion.¹⁰ Obrar así «es engañarse a sí mismo, profanar el sacramento y encontrar el veneno y la muerte allí donde Cristo quiso poner la medicina y la vida».¹¹

Por último, es importante recordar que la confesión no es un interrogatorio. El sacerdote podrá hacer tantas preguntas como sean necesarias y el penitente es libre de expresar cualquier duda de conciencia que tuviera. Sin embargo, éste debe ir preparado para acusarse de sus faltas y no simplemente esperar a ser interrogado.

La paz reconstituida y sellada

Confesadas las culpas, el penitente acata las palabras del sacerdote y se dispone a cumplir la penitencia que le ha impuesto, generalmente alguna oración u otra obra satisfactoria. ¿Cuál es el motivo de esta penitencia?

Con la absolución sacramental, Dios perdona el pecado y conmuta la pena eterna en pena temporal, la cual se paga en este mundo o en el Purgatorio. La penitencia sacramental, elemento constitutivo de la confesión, concurre a satisfacer de algún modo esta pena y ayuda a purificar el alma de las «reliquias de los pecados».¹²

Al fin y al cabo, cuando la confesión ha sido bien hecha y el sacerdote levanta la mano para, trazando la señal de la cruz, pronunciar la sentencia: «Yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», por muy graves que sean los crímenes cometidos, ¡todo queda indultado para siempre! ¡Oh, si se nos concediera ver el indecible milagro que entonces tiene lugar! «El alma [...] se arrodilla desfigurada por el pecado y se yergue limpia y justificada. [...] ¡Se ha sellado la paz entre el pecador y Dios, entre el Creador y la criatura!».¹³

Purificados por la sangre del Cordero

¡Qué agradable es la fragancia de la limpieza! Ahora bien, mucho más benéfico es el perfume de una conciencia recta, de un alma cristalina que no almacena «pecados envejecidos», sino que, en cuanto percibe en sí una falta, corre a lavarla en el saludable baño de la regeneración de la penitencia.

En este sacramento es donde la sangre de Jesús, como en lo alto de la cruz, se derrama sobre nuestras almas para purificarlas, con todo el potencial de redención;¹⁴ a través de él somos fortalecidos contra las asechanzas del demonio y nuestras malas inclinaciones; en él recobramos o aumentamos en nosotros la vida divina.

Sepamos, pues, recurrir con frecuencia a esta excelentísima fuente de gracia y de perdón. Y si, por casualidad, nos asalta la tentación de desesperación por tantas y tan grandes faltas, recordemos: hay multitud de santos que jamás habrían alcanzado el Paraíso si el Señor no hubiera instituido en la Iglesia el sacramento del perdón. Arrojándonos con humildad, amor y confianza en los brazos del Salvador y de su Madre Santísima, seremos salvados y contados entre el número de aquellos que han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero (cf. Ap 7, 14). ✠



Cuando la confesión ha sido bien hecha, por muy graves que sean los crímenes cometidos, ¡todo queda indultado para siempre!

«La confesión», de Marie-Amélie Cogniet - Museo de Bellas Artes de Orleans (Francia)

¹ Cf. DH 1515.

² Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología Moral para seglares*. 5.ª ed. Madrid: BAC, 1994, t. II, p. 257.

³ *Idem*, p. 267.

⁴ Cf. CATECISMO ROMANO. Parte II, c. 5, n.º 4; 10.

⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 84, a. 3.

⁶ DH 1676.

⁷ Cf. MORTARINO, Giuseppe. *A Palavra de Deus em exemplos*. São Paulo: Paulinas, 1961, pp. 132-133.

⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. Suppl. q. 9, a. 4.

⁹ Cf. CATECISMO ROMANO. Parte II, c. 5, n.º 48; ROYO MARÍN, op. cit., p. 342.

¹⁰ BEATO COLUMBA MARMION. *Jesus Cristo, ideal do sacerdote*. São Paulo: Lumen Christi; Cultor de Livros, 2023, p. 126.

¹¹ ROYO MARÍN, op. cit., p. 338.

¹² Cf. CATECISMO ROMANO. Parte II, c. 5, n.º 59.

¹³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. «Hediondez do pecado e beleza da confissão – II». In: *Dr. Plínio*. São Paulo. Año IX. N.º 102 (set, 2006), p. 13.

¹⁴ Cf. PHILIPON, OP, Marie-Michel. *Os Sacramentos da vida cristã*. Rio de Janeiro: Agir, 1959, p. 169.



El historial del alma contrita

Al tejer consideraciones sobre el «Miserere», el Dr. Plinio lo presenta como el historial de un alma arquetípica que, amada por Dios en su inocencia primigenia, prevaricó, pero se arrepintió y emprendió el camino hacia la restauración.

✠ Plinio Corrêa de Oliveira

El *Miserere* pertenece al grupo de siete salmos llamados penitenciales. ¿Qué es un salmo penitencial? Evidentemente, es un canto a Dios en el que el autor expresa su penitencia. Y la penitencia presupone que pecó, se arrepintió y, una vez superado en su interior ese sentimiento de arrepentimiento, reflexionó sobre la falta cometida.

¡Qué hermoso sería que el salmo 50 se rezara todos los días en iglesias y oratorios! Es muy apropiado para regenerar las almas manchadas por el pecado. Analicemos su texto.

Inmensa compasión

Misericordia, Dios mío, por tu bondad.

La idea expresada en esta frase inicial es la del pecador que habla con Dios. Se trata del

rey David, que ha pecado y se dirige al Señor pidiéndole misericordia y perdón.

Pero no se limita a pedir perdón según la misericordia de Dios; lo pide según la «bondad» de Dios. Como si diera a entender que su pecado es tan grave que, sin una misericordia insigne, no puede ser perdonado. Es el

modo en que el pecador se humilla y declara que sabe que sólo por una bondad excepcional será perdonado.

Por tu inmensa compasión borra mi culpa.

Dios es compasivo y tiene una inmensa compasión latente en Él. Ante el pecador contrito, arrodillado en su presencia, ve todo lo que pasa en su alma.

Es un contraste: Dios, que tiene una inmensa compasión, y el pecador, que tiene muchas culpas. Las muchas culpas —por así decirlo— no serán absueltas en vista sólo de un cierto arrepentimiento del pecador, porque esto no sería proporcional a la ofensa cometida. El perdón vendrá según la inmensa compasión de Dios.

En medio de las tinieblas, brilla la blancura del alma perdonada

Lava del todo mi delito, limpia mi pecado. Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado.

De los salmos penitenciales, el salmo 50, compuesto por el rey David, es muy apropiado para regenerar las almas manchadas por el pecado

A la izquierda, páginas del «Salterio de S. Luis» - Biblioteca Nacional de Francia, París. En el destacado, «El rey David penitente», de Hendrick Bloemaert - Galería Nacional de Praga



Hermosa frase en la que reconoce su maldad, lo errado, lo delictivo de la acción que ha realizado, de tal forma que durante todo el día —como un fantasma— le persigue la idea del mal que ha hecho. El pecado está todo el tiempo ante él, como un acusador ante el acusado.

El mundo de hoy, si pudiera tener una voz colectiva para hablar con Dios, debería decir lo que el salmo 50 expresa. Y si lo hiciera, se convertiría.

Contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad en tu presencia. En la sentencia tendrás razón, en el juicio resultarás inocente. Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre. Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría.

A estas alturas, el pecador ya se ha acusado ampliamente y vemos como comienza a asomar, de entre las tinieblas del pecado, la blancura del alma perdonada.

Rociame con el hisopo: quedará limpio; lávame: quedará más blanco que la nieve.

Decirle a Dios: «Harás eso...», ya es un acto de confianza. Es decirle: «Vencerás mi pecado con tu misericordia y me volveré más albo que la nieve. Me aspergerás con hisopo y quedará limpio, de una blancura resplandeciente, casi capaz de herir la vista».

El cerdo, el nauseabundo, ahora está perfumado como una flor. Es el perdón de Dios que ha bajado sobre él.

«Borra en mí toda culpa»

Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados. Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa.

Es muy interesante la formulación de esta petición. El salmista dice: «Aparta de mi pecado tu vista», y no: «Aparta de mí tu vista». Como quien suplica: «Limpia mi rostro, para que puedas mirarlo sin náuseas, sin horror,



El pecador arrepentido es perseguido por la idea del mal que ha hecho, pero se vuelve a Dios confiando en su gran misericordia

«El arrepentimiento de San Pedro», de Juan van der Hamen - Real Monasterio de la Encarnación, Madrid

para que pueda ser un reflejo de tu suprema belleza».

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso.

Pide un espíritu generoso. Nada de cosas mezquinas, minúsculas, banales, cotidianas. Nada de ser un hombre mediocre y trivial, que sólo se preocupa de sus galletitas, de su merendilla, de sus zapatillas, de su comodidad. El hombre mediocre no tiene ese espíritu generoso del que habla el salmo.

Una retribución a Dios: hacer apostolado

Enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti. Librame de la sangre, oh Dios, Dios, Salvador mío, y cantará mi lengua tu justicia.

Me parece de una sonoridad muy hermosa la frase latina: *et impii ad te convertentur*. Es decir, los hombres de

mala vida y de mala doctrina volverán a ti, oh Dios, se convertirán. Es una promesa hecha: retribuir entregándole a Dios un mundo convertido. A mi modo de ver, tiene una gran belleza.

Si alguien no ha andado bien alguna vez —¿y quién no lo ha hecho?—, la solución es arrodillarse, pedir perdón a la Santísima Virgen y decirle: «Combatiré por el triunfo de tu Reino, enseñaré a los malvados tus caminos y se convertirán a ti. Dominarás el mundo, oh Madre mía, porque yo lucharé por ti, y toda la fuerza que me des la gastaré inexorablemente en conquistarlo».

El sacrificio agradable a Dios

Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. Los sacrificios no te satisfacen: si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.

Dios no se satisface con meras ofrendas materiales, como inmolar un cordero o una paloma. Ante todo hace falta un sacrificio de la propia alma, la inmolación de algo a lo que se debe renunciar. Y mientras no se haga esta renuncia, no se establecerá la paz con Dios.

Un ejemplo. El mandamiento divino prescribe que los hombres practiquen la castidad. Sin esta virtud, especialmente necesaria en el mundo contemporáneo, no puede haber sacrificio agradable al Señor. Imaginemos, no obstante, que de repente apareciera un falso profeta, con una falsa revelación, proclamando: «Dios reconoce que la humanidad ha llegado a tal grado de decadencia que ya no puede ofrecerle el sacrificio de mantener la castidad. Entonces, en su infinita bondad, declara: “Perdono a los hombres y les permito que continúen impuros, con la condición de que maten cincuenta mil bueyes y vacas procedentes de todos los continentes, al pie del monte Sinaí, lugar de extraordinario simbolismo”».



El arrepentimiento verdaderamente deseado por Dios no es el del hombre que tiene miedo del Infierno, sino el del que posee un corazón contrito por puro amor a Dios

El Dr. Plinio en diciembre de 1993

No cabe duda de que los hombres ofrecerían inmediatamente esas cincuenta mil cabezas de ganado. No sólo por lo fácil que les resultaría reunir las de todas partes del mundo, sino sobre todo porque no estarían haciendo un sacrificio de alma: no tendrían que renunciar al vicio ni volverse puros.

Entonces viene la explicación:

El sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón contrito y humillado, tú, oh Dios, tú no lo desprecias.

La donación material puede y debe ser hecha incluso por el pecador, cuando éste tiene recursos para ello. Si un hombre rico toma una parte de su fortuna para darla como limosna, es evidente que este gesto aumenta la benevolencia de Dios para con él. Sin embargo, no satisface al Creador, como afirma el salmista: «Si te ofreciera un holocausto, no lo querrías».

Así se entiende el significado de esos versículos: Dios acepta los regalos monetarios, los sacrificios, las limosnas, pero no está satisfecho con todo eso. Lo

que quiere del hombre es «un corazón contrito y humillado».

Contrición y atrición

¿Qué significa «contrito»? El lenguaje católico, siempre muy preciso, distingue la contrición de la atrición, que son formas de arrepentimiento de nuestros pecados profundamente diferentes entre sí.

Por la contrición, el pecador se arrepiente de sus faltas porque, en virtud de una acción de la gracia en su alma, considera cuánto ofenden a Dios, cuán mala se revela esa injuria, por ser Dios quien es, y está dispuesto a no pecar más, de tal manera que, aunque no existiera el Infierno, ese pecador no cometería más infidelidades, porque existe Dios.

Es evidente que esa motivación le confiere al arrepentimiento un alto valor religioso, ya que está inspirada por el puro amor a Dios. Por eso, si una persona hace un acto de contrición sincera, obtiene el perdón de sus pecados. Está obligada a confesarse tan pronto como pueda, pero el perdón ya lo ha

obtenido por el arrepentimiento que tuvo por amor a Dios.

La atrición, en cambio, es el arrepentimiento no por amor a Dios, sino por temor al Infierno. Entendemos que ésta es una disposición del alma muy inferior a la primera.

Por lo tanto, el salmo nos enseña que el arrepentimiento verdaderamente deseado por Dios no es el del hombre que tiene miedo del Infierno, sino el del hombre que posee un corazón contrito. Pero añade: «y humillado». Es decir, la persona necesita avergonzarse, ante Dios y ante sí misma, del horror que ha cometido, y humillarse.

Prefigura del Reino de María

Señor, por tu bondad, favorece a Sion, reconstruye las murallas de Jerusalén: entonces aceptarás los sacrificios rituales, ofrendas y holocaustos, sobre tu altar se inmolarán novillos.

Entre otras interpretaciones, hay aquí una prefigura del Reino de María previsto por San Luis Grignon de Montfort. ¡Cuán grato es para nosotros imaginar la belleza de esa era marial, en la que la Santa Iglesia brillará como una ciudad cuyas murallas han sido fortificadas! Murallas altas, murallas magníficas, con almenas y barbacanas rodeando torreones y colosales torres de homenaje, todo ordenado según un inmenso esplendor.

Y en esa ocasión, cuando los hombres tengan corazones contritos y humillados, Dios aceptará también los dones materiales. Entonces será la época en que las fortunas se complacerán en comprar gemas en Oriente y maderas preciosas de Brasil para fabricar muebles para las iglesias, para adornar las custodias, para honrar al Santísimo Sacramento, para exaltar y súper glorificar los altares de Jesús y María...

Dios aceptará esas ofrendas, porque serán presentadas por corazones contritos y humillados. ✠

Extraído de: *Conferencias*.
São Paulo, 20/5/1994 y 25/5/1994.



Sólo tengo «pecaditos»..., ¿realmente necesito confesarme?

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§ 1458 Sin ser estrictamente necesaria, la confesión de los pecados veniales, sin embargo, se recomienda vivamente por la Iglesia. En efecto, la confesión habitual de los pecados veniales ayuda a formar la conciencia, a luchar contra las malas inclinaciones, a dejarse curar por Cristo, a progresar en la vida del Espíritu. Cuando se recibe con frecuencia, mediante este sacramento, el don de la misericordia del Padre, el creyente se ve impulsado a ser él también misericordioso.

Fue una iniciativa divina la que nos hizo salir de la nada y entrar a la existencia. Dios sabe bien que llevamos dentro el estigma de la falta de nuestros primeros padres y que también nosotros somos individualmente pecadores. Y por eso el Padre determinó que el Verbo se encarnara y permitió que fuera «entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación» (Rom 4, 25).

Sin embargo, este Dios que nos ha creado sin nosotros, no quiere salvarnos sin nuestra cooperación.¹ Nos pide el pequeño esfuerzo de luchar contra nuestras malas inclinaciones, nuestros defectos, nuestras faltas, y arrepentirnos de ellos, implorando perdón, pues quien confiesa sus faltas y las detesta «alcanza misericordia» (Prov 28, 13).

Como explica San Agustín, «el hombre, durante el tiempo que lleva su carne, no puede menos de tener pecados, aunque sólo sean leves. Mas estos que llamamos leves no los despreciemos. Si no te asustas al pensarlos, horrorízate al contarlos. Muchas cosas leves hacen una grande; muchas gotas forman un

río; muchos granos hacen un acervo inmenso. ¿Y qué esperanza queda? Ante todo, la confesión».²

El sacramento de la penitencia perdona todos los pecados, por muy graves o numerosos que sean. No obstante, está muy extendida la idea, totalmente errónea, de que hemos de cometer una falta grave para acercarnos a él. Tal pensamiento es absurdo, porque este sacramento tiene gracias propias, excelentes y valiosas para nuestra santificación, que sólo recibimos cuando hacemos uso de él.

Se trata especialmente de gracias de defensa, de apoyo, de fuerza para combatir el pecado, para resistir durante la tentación, para no sucumbir a causa de la fragilidad humana, en una palabra, para perseverar hacia la santidad. Podemos, sin presunción, exigirle a Dios esas gracias, en virtud de los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo. Él quiere que volvamos siempre con alegría a las fuentes de la salvación (cf. Is 12, 3), y la renuncia a ese auxilio divino no puede hacerse sin temeridad.³

Además, la absolución sacramental ayuda a formar un freno en nuestra alma para detener nuestro corazón cuando quiere extraviarse o para reprimir nuestros deseos desordenados. La historia demuestra que donde se suprime o se relaja la confesión, se introducen el libertinaje y la permisividad, pues las personas empiezan a vivir al antojo de sus malas tendencias, acabando por corromper las costumbres.

Aprovechemos esta fuente de gracias que brotó del costado de Jesús abierto por la lanza, aunque nuestra conciencia no nos acuse de ninguna falta grave. ✚

¹ Cf. SAN AGUSTÍN. *Sermo* 169, n.º 13.

² SAN AGUSTÍN. *In Epistolam Ioannis ad Parthos*. Tractatus I, n.º 6.

³ BOURDALUE, SJ, Louis. «Sermon pour le Treizième Dimanche après la Pentecôte. Sur la Confession». In: *Œuvres*. Paris: Firmin Didot Frères, 1840, t. II, p. 130.



Un éxodo entre la vida y la muerte

Aquel puerto se asemejaba a una espada, que dejaba a un pueblo dividido. Miles de personas se dirigieron junto con su soberano a otro mundo, mientras los demás aguardaban que su patria fuera saqueada y tomada por un ejército contra el que no podían defenderse.

✎ Fernando Joaquim Costa Mesquita



El sol se mostraba sin velos ese día: parecía que quisiera contemplarse en las tranquilas aguas del río, al mismo tiempo que secaba las lágrimas de aquella multitud desolada. En la corriente, retocada por los reflejos del astro rey, se veían decenas de embarcaciones distanciándose. Se dirigían a otro país, a un continente lejano, sin perspectivas de regresar.

Cientos de ríos —de lágrimas, claro está— nacidos de miradas apenadas parecían desembocar en un único muelle.

En realidad, aquel puerto se asemejaba a una espada, que dejaba a un pueblo dividido. Cerca de 15.000 personas,¹ junto con su soberano, marchaban hacia otro mundo; mientras los demás, sin posibilidad de seguirlos, aguardaban que su patria fuera saqueada y tomada por un ejército del que no podían defenderse.

Era Lisboa el 29 de noviembre de 1807.

Entre la guerra y el mar

¿Huían? Aunque el término *huida* sea evitado por los historiadores, de hecho, se trataba de una evasión, en la cual, cabe señalar, miles de hogares fueron abandonados e innumerables familias quedaron divididas.

En noviembre de 1807 las fronteras portuguesas habían sido invadidas por una coalición de 50.000 soldados franceses y españoles, a sueldo del entonces señor absoluto de Europa, Napoleón Bonaparte.

El emperador de los franceses había «puesto de rodillas a todos los reyes y reinas del continente, en una sucesión de victorias sorprendentes y brillantes».² Inglaterra era la excepción; evitando la confrontación en tierra firme, se valió de su pericia marítima para derrotarlo en Trafalgar en 1805. Napoleón reaccionó decretando un bloqueo continental, es decir, los puertos europeos debían cerrarse al comercio inglés. Las órdenes fueron acatadas inmediatamente por todos los países, salvo por el pequeño Portugal.

Entre tanto, una flota inglesa anclaba en la desembocadura del Tago. Estaba preparada para custodiar la huida del monarca portugués y su corte a Brasil o, en caso de negativa, bombardear Lisboa y saquear la flota portuguesa, como había hecho con la danesa en Copenhague unos meses antes.

El soberano de Portugal, Juan VI, que no pretendía ceder a las exigencias francesas para evitar sacrificar su secular alianza con Inglaterra, se encon-

traba acorralado entre las dos mayores potencias económicas y militares de su tiempo. Como antaño el pueblo elegido, la nación lusa se hallaba entre la guerra y el mar. La historia de Portugal, de Europa e incluso de América pendía de la decisión de un hombre.

Juan VI de Portugal

Pero este hombre no poseía ninguno de los atributos de un Moisés. Juan María José Francisco Javier de Paula Luis Antonio Domingo Rafael de Braganza —así es su nombre completo—, aunque inteligente, era «tímido, supersticioso y feo. Sin embargo, el principal rasgo de su personalidad, que se reflejaba en su trabajo, era la indecisión».³

Segundo hijo de María I de Portugal, era un príncipe no preparado para reinar: el poder le llegó casualmente a sus manos porque en 1788 su hermano mayor, José —heredero natural al trono— había muerto de viruela y, en 1792, su madre —la reina piadosa— había sido declarada demente e incapacitada de gobernar. A partir de esa fecha, con 25 años, asumió el poder real de forma provisional y siete años más tarde se convirtió en príncipe regente. Sólo fue coronado, en Río de Janeiro, en 1818, tras la muerte de la reina.

En aquel año de 1807, ante el emperador que se comparaba con los césares romanos, le correspondía tomar la decisión más importante de su vida: declararles la guerra a los franceses o a los ingleses, poniendo en riesgo su corona en ambos casos.

Ante un escenario sangriento, Juan VI, según cierto autor, «reconociéndose incapaz de heroísmo, optó por la solución pacífica de encabezar el éxodo y buscar en el templado sopor de los trópicos la tranquilidad o el ocio para el que había nacido»;⁴ la huida estaba decidida.

A diferencia de Moisés, cuyo nombre significa salvado de las aguas (cf. Éx 2, 10), el príncipe fue salvado por las aguas.

Un antiguo plan puesto en práctica

Hacía mucho tiempo que había sido planeada una posible marcha a Brasil. En realidad, siempre que la corona portuguesa se veía codiciada por cabezas extranjeras, la idea de trasladar la corte a algún territorio de ultramar emergía en el espíritu de los estadistas.

Además, Portugal no era la misma nación que tres siglos antes había inaugurado las navegaciones y los descubrimientos marítimos. Ahora se encontraba privado de recursos, cada vez más exprimido y amenazado por los intereses de los países vecinos, sin capacidad para

oponerles una resistencia militar eficaz. El refugio de la corte en tierras lejanas parecía la solución más plausible ante las amenazas. Así pues, en 1807 el plan, ya tan maduro, pudo ejecutarse en un plazo suficientemente corto.

Pese a todo, este traslado seguía siendo un acontecimiento sin precedentes: en épocas de guerra, los monarcas habían sido destronados u obligados a buscar refugio en dominios ajenos, pero nunca habían cruzado un océano para vivir y reinar al otro lado del mundo. Es más, hasta ese momento ningún soberano europeo había pisado un territorio de ultramar, quizá por los riesgos de un viaje tan largo y precario.

Ni qué decir lo mucho que este cambio afectó profundamente a ambas naciones: el país dejado atrás vivió los peores años de su historia; mientras que el de destino comenzaba a gatear hacia la independencia.

Un pueblo abandonado

El 24 de noviembre llegaba a Lisboa la noticia de que todas las esperanzas de conciliación con Francia se habían desvanecido. Napoleón había declarado que la casa de Braganza había dejado de reinar en Europa. La indecisión desapareció: la partida quedaba fijada para el 27 de ese mes.

Durante tres días los muebles de palacios enteros fueron encajonados y

colocados en barcos. Cientos de carros cruzaban las embarradas calles de Lisboa transportando ropa, vajilla, joyas, alfombras, cuadros e incluso bibliotecas.

Aunque el movimiento despertaba la atención del pueblo, éste no podía creer que el rey abandonara su hogar para reinar desde el otro lado del mundo, sobre todo porque, según la información oficial, todo aquello se trataba de una simple reparación de la flota portuguesa. Sin embargo, cuando se difundió la noticia de la marcha segura, hubo llanto y revuelta; se dice que incluso un carruaje acabó apedreado antes de llegar al puerto.

Debido al viento en contra y a la fuerte lluvia, la salida fue pospuesta al día 29. Aun así, las prisas y la improvisación siguieron siendo inevitables. En la fecha prevista, Juan VI embarcó y, como las circunstancias le impedían pronunciar un discurso de despedida, ordenó que se publicara en las calles un decreto en el que se exponían los motivos del destierro.

A las siete en punto se dio la orden de partir y las embarcaciones empezaron a alejarse de aquel continente cargado de pasado, rumbo a otro con un futuro muy prometedor. En los muelles, quedaba un pueblo abandonado... En siete años, más de medio millón de habitantes huiría del país, perecería de hambre o caería en el campo de batalla. Ya en los

La partida hacia Brasil, planeada hacía mucho, marcó profundamente ambas naciones: el país dejado atrás vivió los peores años de su historia, mientras que el de destino comenzaba a gatear hacia la independencia

«Embarque de la familia real hacia Brasil», de Nicolas-Louis-Albert Delerive - Museo Nacional de Carruajes, Lisboa



límites del horizonte, si Juan VI se atreviera a mirar por la ventana de popa, aún podía ver las tropas francesas tomando Lisboa...

Hacia la tierra de las promesas

En aquella época, un viaje transatlántico era, sin comparación, mucho más demorado y peligroso. La marina británica —la mejor organizada y equipada por entonces— consideraba «aceptable una media de una muerte por cada treinta tripulantes en viajes de larga distancia».⁵ Además, las naos portuguesas estaban viejas, mal equipadas y viajaban abarrotadas de gente, condiciones que agravaban aún más la incomodidad y precariedad de esa travesía.

Tras zarpar, tuvo lugar el habitual intercambio de salvas de cañones entre las armadas portuguesa e inglesa.

De los pocos datos que se tienen sobre esa navegación, se puede concluir que fue una aventura marcada de principio a fin por aflicciones y sufrimientos. Sabemos que al acercarse al archipiélago de Madeira la flota se dividió en dos debido a una violenta tempestad, reencontrándose solamente en el lugar de destino, tras desembarcar.

El 22 de enero de 1808, Juan VI arribó en Salvador de Bahía, donde había decidido hacer escala antes de dirigirse a Río de Janeiro: quedaban atrás 6.400 kilómetros, recorridos en 54 días de mar. La otra parte de la flota había llegado a la ciudad fluminense una semana antes. A pesar de las penurias de la travesía marítima, no te-



Los cortesanos exiliados parecían haber retrocedido en la historia, pero intuían que un gran futuro aguardaba a aquellas tierras vírgenes

Juan VI, de Albert Gregorius - Palacio Nacional de Ajuda, Lisboa

nemos noticia de muertes o accidentes fatales.

«La misma bahía que trescientos años antes había visto la llegada de la escuadra de Cabral, ahora presenciaba un acontecimiento que cambiaría para siempre, y profundamente, la vida de los brasileños. Con la llegada de la corte a la bahía de Todos los Santos comenzaba el último acto del Brasil colonial y el primero del Brasil independiente».⁶

Después de cinco semanas de permanencia en la costa nordeste, el monarca reanudó su viaje hacia Río de Janeiro. Finalmente, el 7 de marzo, la escuadra entraba en la bahía de Gua-

nabara, donde los brasileños la recibieron calurosamente.

Los cortesanos exiliados parecían haber retrocedido en la historia, pero intuían que un gran futuro aguardaba a aquellas tierras vírgenes. Estaban ante un libro en blanco, donde se depositaban muchas esperanzas y en el que cabían muchos sueños. Si no era una tierra prometida, era una tierra de promesas. Juan VI había encabezado un éxodo cuyas consecuencias ni siquiera podía vislumbrar o imaginar.

¿Qué sería de Brasil?

¿Qué pasaría si el monarca permaneciera en Portugal?

No pretendemos poner a prueba la paciencia del lector con amplias conjeturas. Pero, considerando la transformación ocurrida en los trece años que la corte portuguesa permaneció en Brasil, fácilmente concluimos que sin esa estancia la Tierra de Santa Cruz habría

seguido siendo una colonia dependiente, donde la esclavitud y el analfabetismo habrían abundado durante mucho tiempo. La historia se ha visto obligada a reconocer los frutos benéficos de ese repliegue estratégico, de un inesperado cambio frente a una amenaza.

¿Cobardía o prudencia? Las opiniones difieren. No obstante, esa decisión fue la que garantizó la corona en la cabeza de los Braganza durante algunas décadas más, a diferencia de muchas dinastías europeas. Aunque años después las circunstancias llevaran a Juan VI a regresar a su tierra natal, las consecuencias sociológicas de ese viaje fueron irreversibles. ✦

¹ Los datos históricos que constan en el presente artículo han sido tomados de las obras: LIGHT, Kenneth. *A viagem marítima da família real. A transferência da corte portu-*

sa para o Brasil. Rio de Janeiro: Zahar, 2008; GOMES, Laurentino. *1808. Como uma rainha louca, um príncipe medroso e uma corte corrupta enganaram Napoleão e mudaram a*

história de Portugal e do Brasil. 2.^a ed. São Paulo: Planeta, 2007.

² GOMES, op. cit., p. 34.

³ *Idem*, p. 34.

⁴ MONTEIRO, Tobias do Rego. *História do império. A elaboração da independência*. Brasília: Senado Federal, 2018, p. 52.

⁵ GOMES, op. cit., p. 66.

⁶ *Idem*, p. 96.



¿Qué es el Libro de la Vida?

«**E**l vencedor será vestido de blancas vestiduras, no borrará su nombre del Libro de la Vida y confesará su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles» (Ap 3, 5). Cuando leemos este pasaje del Apocalipsis, casi inevitablemente pensamos: «Sea lo que sea ese libro, espero que mi nombre esté allí...».

A fin de cuentas, ¿qué es exactamente ese Libro de la Vida? ¿Un registro de pasaportes del «consulado celestial»? ¿La lista de invitados para la vida eterna? ¿O, quién sabe, la simple —o no tan simple...— acta biográfica de la humanidad? Santo Tomás nos lo explica.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento emplean metafóricamente la expresión *Libro de la Vida*. De hecho, es algo parecido a una lista de invitados o un alistamiento militar, pues, «los hombres acostumbran a escribir en un libro a los elegidos para algo, como soldados o consejeros» (*Suma Teológica*. I, q. 24, a. 1). Y así como los convidados a un banquete están, por así decirlo, predestinados a él, los predestinados a la vida, es decir, a la salvación eterna, tienen sus nombres inscritos en este volumen.

Sin embargo, esto no quiere decir que se trate de un libro físico, sino de una referencia figurativa al conocimiento de Dios mismo, en el que «firmemente se retiene que algunos están predestinados para la vida eterna» (a. 1).

Además de ser la «inscripción de los que han sido elegidos para la vida», ese libro puede significar también la «inscripción de lo que conduce a la vida» (a. 1, ad 1), bien se trate de lo que debe ser hecho, que se encuentra registrado en la Sagrada Escritura, bien de las acciones ya realizadas en la

tierra, que Dios un día traerá a la memoria de los hombres.

Volviendo al primer significado enunciado, nos preguntamos: si éste es un libro de los «elegidos», ¿qué pasa con aquellos que están excluidos de él?

Dios no condena a nadie de antemano. Todos están predestinados a la glo-

rrados» parecen no haber sido escritos desde el principio, por la presciencia de Dios. En resumen, quien se excluye del número de los elegidos es el propio hombre, y únicamente él.

A estas alturas, el lector seguramente ya se estará preguntando: «¿Constará mi nombre en ese libro?». El hecho de que exista un Libro de la Vida no debe angustiarnos. Al contrario, debe servirnos de estímulo para alcanzar la salvación eterna. En efecto, así como alguien puede ser borrado del Libro de la Vida, también puede ser inscrito de nuevo en él, siempre que empiece, «por la gracia, a estar ordenado a la vida eterna» (a. 3, ad 3).

Existe también una manera de inscribir nuestro nombre en esa acta de salvación. Se trata de un secreto revelado por San Luis Grignion de Montfort, quien refiere al Doctor Angélico para corroborar dicha afirmación: «Es un signo infalible de predestinación el serle entera y verdaderamente entregado o devoto [de la Santísima Virgen]». Quien profesa devoción a Nuestra Señora tiene su nombre escrito en el Libro de la Vida con letras de oro y, aunque una mano justiciera amenazara con borrarlo de ahí, el brazo luminoso de aquella que es la omnipotencia suplicante lo impediría prontamente. Sólo debemos aceptar su maternal misericordia y no dejar de rezar: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén». ✚



Si éste es un libro de los «elegidos para la vida», ¿qué pasa con los que están excluidos de él?

Apertura del Libro de la Vida - Manuscrito «Apocalipsis Flamenco», Biblioteca Nacional de Francia, París

ria, pero no todos la alcanzan, debido exclusivamente a su propia conducta. El Altísimo tiene presciencia de todas las cosas: conoce todos los destinos y todas las elecciones; pero eso no significa que condicione por la fuerza las voluntades. Al emplear un lenguaje humano y cronológico, la Sagrada Escritura afirma que algunos son «borrados del libro de los vivos» (Sal 68, 29), mientras que, en otros lugares, los «bo-

¹ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. «Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge», n.º 40. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, p. 509.

La historia de un monje rebelde

Devoto de la Virgen y amante de la pobreza, su vida estuvo marcada por una profunda humildad y confianza en la Providencia, que florecieron como fuente de tesoros para toda la cristiandad.



✠ Hna. Adriana María Sánchez García



Francisco Lecaros

La historia de un monje rebelde, y ¡¿santo?! De hecho, no sólo uno, sino tres. Estos monjes protagonizaron una huida del monasterio, arrastrando a muchos tras ellos. ¿Adónde? A refugiarse en un pantano y empezar todo de nuevo... «¡Qué locura!», se podría pensar. Sí, querido lector, esto es una santa locura, pues «lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Cor 1, 25).

Un joven en busca de un ideal

Nacido en Inglaterra de sangre noble, desde niño la educación de Esteban fue confiada al monasterio benedictino de Sherborne. Se cree que no llegó a profesar los votos religiosos. Cuando alcanzó la edad madura, decidió dejar el claustro para proseguir sus estudios. Con ese propósito marchó a Escocia y luego continuó hasta París, donde, después de saturarse de las ciencias profanas, se entregó a la búsqueda de la verdadera sabiduría.

Buscándole un rumbo a su vida, emprendió una peregrinación a Roma

con un compañero cuyo nombre la historia no ha registrado. Ambos resolvieron no hablar durante el viaje, sino tan sólo recitar el salterio. Tras visitar innumerables iglesias y rezar ante las reliquias de los Apóstoles, volvieron a Francia, donde la Providencia les había reservado algo.

Habiendo oído hablar del monasterio de Molesmes y de la vida santa que ahí se llevaba, el corazón de Esteban se dirigió inmediatamente allí, determinado a entregarse a Dios. Se imaginaba que su amigo también lo seguiría; sin embargo, sus aspiraciones eran otras. Al llegar al cenobio, fue acogido calurosamente por el abad Roberto y su prior, llamado Alberico, quienes se convertirían en compañeros inseparables de Esteban.

Triste situación del monasterio de Molesmes

Fundada por el propio Roberto, Molesmes había adoptado la regla benedictina, que se caracterizaba sobre todo por la alabanza a Dios y la austeridad de vida. No obstante, en la época en que

Esteban entró, ya había comenzado una cierta decadencia... Poco a poco, crecía la ambición por las posesiones y menguaba el amor a la pobreza, legado del propio San Benito, llevando a los monjes a desobedecer al abad.

Éste se oponía firmemente a tales innovaciones y, al constatar que los religiosos no deseaban vivir según el ideal de la fundación, decidió retirarse. Esteban, que también había percibido la obstinación de sus hermanos de hábito, se encontró de repente privado de su guía espiritual y sin dirección, en el mismo monasterio donde esperaba realizar su vocación.

Alberico asumió el cargo de abad, secundado por Esteban, y ambos se esforzaron por continuar la tarea iniciada por Roberto, pero en vano. Entonces decidieron dejar también el monasterio y comenzaron a vivir como eremitas en una región cercana. Sin embargo, el papa Urbano II le pidió a Roberto que regresara a Molesmes, y los dos monjes lo siguieron.

Pero la mayoría de la comunidad no quería enmendarse. Junto con Alberi-



co, Esteban elaboró una lista de veinte irregularidades en el monasterio que representaban claras transgresiones a la regla de San Benito, como dispensas del trabajo manual, continuas visitas de nobles, comodidades y lujos incompatibles con el estado que voluntariamente habían abrazado. Todo esto hacía que llevaran una vida más propia de señores feudales que de religiosos. Con tal elenco en mano, Roberto intentó corregir a los monjes, mas éstos permanecieron recalcitrantes.

Cîteaux, origen de una gesta

Al no haber otro remedio para tal situación a no ser una retirada, aquellos «tres monjes rebeldes» —como así fueron immortalizados en la famosa obra sobre su gesta, escrita por el P. Mary Raymond Flanagan, OCSO— se dirigieron al obispo de Lyon, acompañados por otros cuatro hermanos, y le pidieron permiso para fundar un nuevo monasterio, cuyo estilo de vida retomara la integridad y pureza primitiva de la regla. Obtenida esa aprobación, catorce religiosos más se unieron a ellos y, el 21 de marzo de 1098, la expedición partió hacia Cîteaux —en adelante, Cister—,¹

una región salvaje e inculta en medio de un bosque deshabitado de Borgoña, más parecido a un pantano.

Con la autorización del señor de aquellas tierras, talaron los árboles de la zona y con la madera construyeron el nuevo monasterio, dedicado a la Santísima Virgen, como lo sería en adelante todas las casas fundadas por la reforma benedictina.

Un año transcurrió en paz bajo la dirección de Roberto, pero no estaba destinado a ver todo el fruto de sus esfuerzos... Los monjes que habían dejado atrás lo reclamaban de vuelta, y el Papa manifestó su deseo de que reasumiera la abadía de Molesmes. Enteramente sumiso, Roberto se despidió de su pequeño retoño, al que nunca volvería a ver. Moriría once años después, habiendo vivido santamente bajo la regla infelizmente mitigada, contrariamente a sus anhelos, pero conforme a la voluntad de Dios.

Alegría en medio del rigor de la regla

Alberico fue elegido abad del Cister y Esteban prior. Pronto adoptaron un hábito blanco o grisáceo, que contrastaba con el hábito negro de los benedic-

tinios, quizá para simbolizar la pureza y la alegría en medio de la penitencia.

La vida de los monjes no estaba hecha para todos... Se despertaban hacia la medianoche y ya no volvían a dormir, alternando el canto de las horas del oficio con el trabajo manual necesario para su sustento, durante el cual se entregaban a la meditación. Asistían a misa diariamente y tomaban únicamente dos comidas —en los días de ayuno, sólo una—, que consistían en pan rudo, algunas verduras y una bebida rala. El abad, por su parte, debía comer con algún pobre o peregrino que acudiera al monasterio en busca de alimento.

La jornada de un monje cisterciense transcurría en estricto silencio, íntimamente unido a Nuestra Señora y en completo anonimato. Entre otras actividades, también copiaban manuscritos antiguos, y el propio San Esteban emprendió una revisión de la traducción latina de la Biblia a partir del hebreo.

San Esteban es elegido abad

En 1109, cinco años después de la fundación del Cister, murió Alberico,² y Esteban fue elegido por unanimidad como tercer abad del monasterio. Re-

Deseosos de retomar la pureza primitiva de la regla, los «monjes rebeldes» partieron hacia Cîteaux, entonces una tierra inculta, más parecida a un pantano

Biblioteca de la abadía del Cister - Saint-Nicolas-lès-Cîteaux (Francia). En la página anterior, San Esteban Harding - Monasterio de Santa María la Real de la Oliva, Carcastillo (España)





uniendo a sus hermanos, les dirigió las siguientes palabras: «He perdido no sólo a un padre y a un pastor, sino a un amigo, un compañero de armas, un atleta sin igual en los combates de Dios. [...] Habiendo vuelto a Dios, he aquí que permanece unido a nosotros por un vínculo de un inseparable afecto. ¿Por qué llorarlo? [...] No lloremos al soldado que descansa en la victoria, sino que lloremos sobre nosotros, que aún luchamos en el combate».³

Su primer acto fue, al parecer, cortar todo sustento y protección terrenal al monasterio, prohibiendo que los nobles que acudían a la iglesia del Císter durante las festividades litúrgicas lo hicieran acompañados de sus cortes, cuyo mundanismo contrastaba bastante con el ideal de austeridad de ese claustro. Sin embargo, a pesar de tan drástica medida, no perdió el favor de quienes querían ayudarlos por verdadero amor a Dios.

Transcurrido sólo un año en su nuevo cargo, el hambre se hizo sentir en el monasterio. Un día, el monje proveedor buscó a San Esteban para informarle que se les habían acabado los alimentos. Ambos, cada uno por su lado, salieron a pedir limosna. El primero parecía haber tenido éxito, pero lo que había conseguido venía de un sacerdote que el abad sabía que era simoníaco... Inmediatamente le ordenó que devolviera todas las provisiones y que confiara en el auxilio de la Providencia. Su rectitud no tardó en verse recompensada: pocos días después llegó la ayuda a las puertas del monasterio, sin que se conociera el origen de tal beneficio.

En otra ocasión, envió a dos monjes a la aldea de Vézelay a comprar tres carretas de alimentos, ropa y otras provisiones, con tan sólo tres denarios que había encontrado en el monasterio... Confiados en la orden de Esteban, se pusieron en marcha. Por el camino oyeron hablar de un hombre moribundo que quería ayudar a los pobres, para reparar sus faltas y descansar en paz. Éste ordenó que compraran todo lo que necesitaban, y regresaron al Císter con

las tres carretas rebosantes de víveres, cada una tirada por tres caballos. Desde ese acto de supremo abandono y confianza en la Providencia, ya nunca cesaron las limosnas de almas generosas.

Una prueba aún más dura

Sin embargo, las penurias materiales no fueron las peores pruebas que tuvieron que enfrentar los residentes del Císter. Desde su fundación, solamente un novicio había llamado a las puertas del monasterio deseando ingresar allí. Y, con el paso de los años, no era raro que las campanas sonaran interrumpiendo el canto del oficio para que los monjes acudieran al lecho de hermanos moribundos: «Las cruces y las tumbas silenciosamente se multiplicaban [...] en el cementerio, y seguían sin llegar novicios que ocuparan los asientos vacíos de los que habían muerto».⁴

Esteban temía por la continuidad de la institución naciente y, mientras asistía a otro más que moría, le pidió que tras su muerte regresara para decirle si el monasterio era del agrado de Dios y a qué se debía la falta de vocaciones. El monje así lo prometió y entregó su alma a Dios.

Pocos días después, Esteban se encontraba en el campo cuando de repente se le acercó el monje recién fallecido, quien le reveló que se había salvado gracias al estado de vida que había abrazado, bajo la dirección del santo abad, y que su obra era agradable a Dios. En cuanto a la falta de monjes, le aseguró que ese dolor pronto se transformaría en alegría. La afluencia de vocaciones sería tal que los religiosos se verían obligados a exclamar con Isaías: «Este lugar es estrecho para mí, hazme sitio para establecerme» (49, 20). Y Esteban, por su parte, respondería con el profeta: «¿Quién me engendró a éstos? Si yo no tengo hijos y soy estéril; si he estado desterrada y repudiada, ¿quién me los ha criado? Me habían dejado sola, ¿de dónde salen éstos?» (49, 21).

Aún sumiso a su abad en la tierra, el monje —ya partícipe de la eterna bienaventuranza— le rogó su bendición,

alegando que no podía marcharse sin permiso para ello. Esteban le dio la bendición y desapareció. Quince años de aparente esterilidad estaban a punto de llegar a su fin.

Nuevo florecimiento

Comenzaba el año de 1113 y he aquí que, un día de abril, el monje portero corrió jadeante hacia San Esteban para comunicarle un hecho inaudito: ¡treinta y un caballeros pedían ser admitidos en el monasterio! En efecto, allí estaba Bernardo de Fontaine⁵ —el futuro santo de Claraval y gloria de la Orden del Císter, cuyas obras serían aún mayores que las de sus fundadores (cf. Jn 14, 12)— acompañado de treinta parientes y amigos que había arrastrado consigo para abrazar la santidad.

La promesa empezaba a cumplirse: «Esa entrada masiva, en ese terrible monasterio, de la flor de la juventud borgoñesa fue como una tronada. A la estupefacción le siguió el entusiasmo, y al entusiasmo, la emulación. No pasaba una semana sin que algún caballero le suplicara a Esteban que lo consagrara a Cristo».⁶

En un corto período de dos años, se fundaron cuatro nuevos monasterios: La Ferté, Pontigny, Morimond y Claraval; las llamadas afiliaciones del Císter, a partir de las cuales florecería la orden. A cada comunidad eran enviados doce monjes, número representativo del Colegio Apostólico. ¿Quién sería el abad de la más reciente fundación? Para sorpresa de todos, Esteban eligió a Bernardo, que sólo tenía 25 años y acababa de salir del noviciado, pero que pronto se convertiría en una lumbrera para toda la cristiandad.

En 1118 había un total de nueve abadías cistercienses, y al final de la vida de San Esteban ya se habían fundado noventa casas de la orden, entre ellas una en Inglaterra, país natal de nuestro santo, así como numerosos conventos femeninos. Pero ¿cómo garantizar la unidad de ideales y objetivos entre todos, a pesar de la distancia?

San Esteban determinó que cada año los abades se reunieran para tratar los asuntos de sus respectivos monasterios, con el fin de mantener la cohesión de la naciente orden; además, debían visitar anualmente la abadía madre, el Císter, y cada abad de las cuatro primeras casas —las «hijas mayores»— debía visitar a las nacidas de ella, constituyendo así una interconexión entre todas como miembros de un solo cuerpo. Esteban redactó también, en 1119, la *Charta Charitatis* —una recopilación de los estatutos y normas que todas las abadías debían seguir, fundada en la ley de la caridad—, aprobada por el papa Calixto II en diciembre de ese mismo año.

Muerte de Esteban y frutos de la Orden del Císter

Esteban, considerado oficialmente el fundador de los cistercienses, había vivido en el recogimiento y la soledad del Císter desde su llegada allí, habiendo salido sólo cinco veces y por asuntos importantes relacionados con la orden.

Al final de su vida, había quedado ciego y pensó que lo mejor era elegir un sucesor. Fue escogido un monje llamado Guy, que gozaba de buena reputación; pero ésta no era más que mera fachada. Mientras los monjes le prestaban obediencia, Esteban vio que un espíritu maligno entraba en el abad recién electo, pero no pudo decir nada. Únicamente le quedaba rezar...

Al cabo de menos de un mes, la indignidad de Guy se hizo evidente a los ojos de todos y fue destituido de su cargo. Reunido otro capítulo, eligieron a Raynard, uno de los primeros compañeros de San Bernardo y amigo desde entonces de San Esteban. La orden estaba en buenas manos.



Wolfgang Sauber (CC by-sa 4.0)

Desde un monasterio en Francia, la Orden del Císter se extendería por todo el mundo, contando en sus filas con numerosos santos, místicos, doctores, prelados y Papas

San Esteban recibe a San Bernardo y sus compañeros en el Císter - Iglesia de San Sacerdote de Limoges, Sarlat (Francia)

En su lecho de muerte, cuando le aseguraron que podía marchar en paz al Cielo, el santo abad respondió con toda humildad que iba a Dios temeroso de no haber hecho ningún bien en la tierra, esperando haber sacado algún provecho de la gracia que la Providencia había puesto en él. Y así entregó su alma el 28 de marzo de 1134.

Muy pronto, los abades cistercienses serían elegidos obispos de las regiones donde se encontraban y convocados a participar en los concilios de la Iglesia; influirían incluso en la orden militar de los templarios, cuya regla fue escrita por San Bernardo, y en la de Calatrava, fundada por un «monje blanco», como solían llamarlos. A partir de un único monasterio erigido en un pantano de Francia, la gran Orden del Císter se extendería

por todo el orbe, llegando a tener, en su apogeo, setecientos treinta monasterios masculinos y femeninos. De ella surgiría siglos más tarde la Trapa, que adoptaría un estilo de vida aún más riguroso.

Numerosos santos, místicos y doctores constituyen hoy la gloria del Císter, como San Bernardo, el cantor de la Virgen, y sus hermanos; Santa Lutgarda, Santa Gertrudis y Santa Matilde, confidentes del Sagrado Corazón de Jesús; San Elredo de Rievaulx y San Guillermo de Saint-Thierry, autores espirituales; entre muchos otros bienaventurados.

Como una pequeña chispa capaz de incendiar todo un bosque, San Esteban Harding actuó sobre la cristiandad sin salir del Císter. Quizá él mismo no sea tan conocido como los innumerables frutos que surgieron de su fidelidad. ✠

¹ Abreviación de *Cistercium*, la antigua población romana de Cîteaux, en latín, de donde toma el nombre en español el monasterio.

² Para saber más sobre la vida de San Alberico, véase: TONIO-

LO SILVA, Luis Felipe Marques. «Líder de una rebelión monacal». In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. Año XXI. N.º 234 (ene, 2023), pp. 28-31.

³ GOBRY, Iván. *Les moines en Occident*. Cîteaux. Paris: Fran-

çois-Xavier de Guibert, 1997, t. v, p. 46.

⁴ DALGAIRNS, J. B. *Life of Saint Stephen Harding, Abbot of Cîteaux and Founder of the Cistercian Order*. London: Art and Book, 1898, p. 104.

⁵ Para saber más sobre San Bernardo, véase: MORAZZANI ARRÁIZ, EP, Pedro Rafael. «Monje, místico y profeta». In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. Año IV. N.º 37 (ago, 2006), pp. 22-25.

⁶ GOBRY, op. cit., p. 55.



Alma de contrastes armónicos

Una casual secuencia de fotografías de familia ha legado a la posteridad la oportunidad de analizar distintos matices del espíritu de Dña. Lucilia, un precioso testimonio que nos revela un alma templada en la virtud y el sufrimiento, capaz de armonizar en sí dolor, alegría, perplejidad, confianza, abandono, resignación...

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

A causa de su grandeza de alma Dña. Lucilia se adaptaba con facilidad a la voluntad de los otros. Nada había que pudiese perturbar su ordenado equilibrio interior. Hacía recordar ciertos ríos, de la cuenca del Amazonas, tan característicamente brasileños: tranquilos en su lecho, envuelven y cubren en su inmensa serenidad los obstáculos surgidos a lo largo de su curso.

Paz de alma ante los mayores reveses

Los que convivieron más de cerca con Dña. Lucilia nunca notaron en ella un movimiento de impaciencia, por mínimo que fuese.

Si la vida le deparaba algún grave revés, como lo fue el incendio de uno de sus inmuebles, o la enfermedad que la aquejaba con agudos dolores, su confianza en la Providencia le proporcionaba el consuelo para mantener la paz interior sin afligirse por el futuro. E incluso en el gobierno de la casa, nunca permitía que los diminutos —y con

frecuencia absorbentes— problemas domésticos turbasen su espíritu, manteniéndose siempre tranquila como

la superficie cristalina de un lago de montaña.

Su hijo, que la acompañó de cerca hasta el final de sus días, pudo afirmar sin recelo: «En sesenta años de convivencia con mi madre, jamás he visto que tuviera un capricho».

¡Cuánta renuncia de sí misma, cuánto dominio de la voluntad no le fue necesario, durante su larga existencia, para que alguien pudiese hacer de ella ese comentario tan simple, pero testimonio de tan gran equilibrio de alma!

Tres fotografías, tres aspectos de alma

A partir del día en que Dña. Lucilia alcanzó los 80 años, sus virtudes se hicieron aún más notorias a los ojos de quienes habían tenido la gracia de observarla.

Examinando los diversos aspectos de su matizada alma, podemos decir que tal vez los más bellos eran armónicamente opuestos: por un lado, su gran bondad, que traslucía en su trato afable, siempre dispuesta a inclinarse sobre los demás para



En su conjunto se nota el deseo de agradar a los circundantes, como sólo ella sabía hacerlo

En esta página y la siguiente, Dña. Lucilia el 4 de febrero de 1956



Mirada profunda y firme, fija en la consideración de horizontes elevados, en el límite de los cuales se encuentra Dios

hacerles el bien; por otro, su firmeza, seriedad e inquebrantable fidelidad al modo de ser católico. Todas estas cualidades las tomaba del divino Maestro.

Por una providencial circunstancia, tres fotografías sacadas el día del cumpleaños de su biznieto, el 4 de febrero de 1956 —y, por tanto, poco antes del suyo—, nos muestran esos magníficos aspectos de su alma. En aquella ocasión, la encontramos en casa de su nieta, María Alice.

Distensión en medio de una vida de cruces

En la primera fotografía podemos ver a Dña. Lucilia tomando por el brazo al pequeño Francisco Eduardo. Es de las pocas que la retratan conversando. Se ve tan comunicativa que da casi la impresión de tener movimiento. Su mirada es expresiva, y en su conjunto se nota el deseo de agradar a los circundantes, como sólo ella sabía hacerlo.

Sin embargo, su fisonomía es la de quien vive un paréntesis de alegría y de distensión en medio de una vida en

la que no faltan las cruces. Aquellos 80 años, para quien había pauta-do su existencia por la fidelidad a Nuestro Señor Jesucristo, no po-dían dejar de ser un largo vía cru-cis. ¡Cuántos recuerdos de todo tipo no habrán pasado por la mente de Dña. Lucilia aquel día!

La firmeza de una contemplativa en una sociedad decadente

La segunda fotografía muestra otro estado de espíritu de ella. Su mirada profunda y pensativa está fija considerando horizontes ele-vados, en el límite de los cuales se encuentra Dios. Se diría que es una contemplativa, que vive en la clau-sura bendita de su monasterio, con-centrada solamente en los asuntos celestiales. Pero no. Enmarcando esa mirada vemos la fisonomía de una tradicional dama paulista que vive la vida de sociedad, en pleno siglo xx.

En su porte trasluce también un ca-rácter asertivo. La forma como cierra los labios es de quien serenamente afirma que no cede en nada, no re-cula ni transige en materia de princi-pios, ni para conseguir una sonrisa. El camino ha sido elegido y está de-cidida a seguirlo hasta el final.

Es la misma actitud de alma que está presente en las fotografías que le hicieron en otras ocasiones, y no-tablemente en las de París. Forman una colección en la que queda pa-tente la gran continuidad psicológi-ca de su vida, que ninguna vicisitud ha sido capaz de alterar.

Muchos años después de la muer-te de Dña. Lucilia, su hijo rememo-raría con añoranzas aquel día, al co-mentar los recuerdos que la segunda fotografía le traía:

«Varias veces en mi vida la vi perpleja, con algo de esa fisonomía. Mantenía el semblante inmóvil, sin fruncir el ceño, la mirada fija en un punto indefinido y como ausente de su propio rostro, meditando. Era señal de que alguna preocupación

tomaba su espíritu, y con calma se pre-guntaba cómo actuar.

»Cuando creía que sus aprensiones se confirmaban, se entregaba resigna-da y con confianza en las manos de Dios. En esas ocasiones, lo que más admiraba de ella era la calma en medio de la aprensión».

Afecto y complacencia

La última de las fotografías consti-tuye una interesante prueba de la bien-querencia de Dña. Lucilia, cualidad de alma que tanto marcó su existencia.

Además de su elevada distinción, se nota una gran complacencia en su fiso-nomía por tener en los brazos a un biz-nieto a quien podía envolver con toda la protección de su acogedor afecto. ✦

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de:
Doña Lucilia.

Città del Vaticano-Lima:
LEV; Heraldos del Evangelio,
2013, pp. 537-542.



Complacencia por tener en los brazos a un biznieto a quien podía envolver con toda la protección de su acogedor afecto

Fotos: Eric Salas



España – El 26 de enero, los Heraldos del Evangelio presentes en la nación española se reunieron en la basílica de Nuestra Señora del Pilar, de Zaragoza, para una santa misa celebrada en el altar mayor. Posteriormente, todos se dirigieron en procesión a la capilla de la Santísima Virgen para hacerle una ofrenda floral.

Fotos: Antonio Rossini



Italia – Con ocasión del centenario de la parroquia de San Hilario, de la ciudad de Malcontenta, de la jurisdicción del Patriarcado de Venecia, los Heraldos del Evangelio participaron en la procesión y celebración eucarística, presidida por Mons. Francesco Moraglia, arzobispo y patriarca de Venecia.

Fotos: Emilio Pérez



Ecuador – La imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó la parroquia de San Juan Bosco, de la ciudad de Cuenca, con motivo de las celebraciones navideñas. Después de la coronación de la Santísima Virgen, los fieles pudieron acercarse para hacerle sus peticiones.



Brasil – El 28 de enero, memoria litúrgica del Doctor Angélico, Mons. Benedito Beni dos Santos, obispo emérito de Lorena, impartió la lección inaugural de apertura del año académico del Instituto Teológico Santo Tomás de Aquino y del Instituto Filosófico Aristotélico-Tomista. A continuación, el prelado presidió una solemne eucaristía, a la que asistieron profesores y alumnos.



Paraguay – Con gran alegría, el 22 de diciembre el órgano de la iglesia de la Madre del Buen Consejo, de Ypacaraí, fue bendecido durante la santa misa, a la que le siguió un concierto inaugural (fotos 1 a 3). Con ocasión de la solemnidad de la Epifanía, los Heraldos del Evangelio animaron la solemne eucaristía en el Santuario Nacional de Nuestra Señora de los Milagros, de Caacupé, presidida por el P. Kirthan Blasius Carlo, EP (fotos 4 a 6).



Fotos: César Galarza



Fotos: Juan Forero



República Dominicana – Con motivo de las festividades de Nuestra Señora de Altagracia, Madre y protectora del pueblo dominicano, los Heraldos del Evangelio participaron en la solemne procesión por el centro histórico de la capital, Santo Domingo (fotos 1 a 3). En enero, la parroquia de San Juan Bosco, de Jarabacoa, recibió la visita de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María (foto 4), que también estuvo en el Centro Geriátrico Margarita Herrera, de la misma ciudad, derramando sus bendiciones (foto 5).

Fotos: Willian Drobot



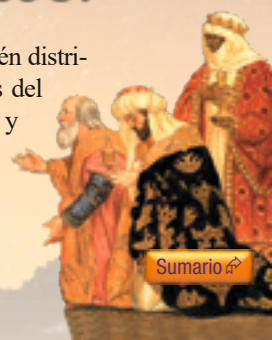
Brasil – En enero, los cooperadores de los Heraldos del Evangelio del entorno de Piraquara se reunieron para un encuentro de formación en la casa de los heraldos, con el P. Rodrigo Fugiyama Nunes, EP. Además de las charlas, los presentes pudieron participar en la santa misa en la iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo.



¡Los Reyes Magos dejaron sus regalos!

Después de dejar oro, incienso y mirra a los pies del Niño Jesús (cf. Mt 2, 11), los Reyes Magos, procedentes del lejano Oriente, llevaron juguetes, ropa y alimentos a los niños necesitados de las localidades de Santa Elena (fotos 1 a 3), municipio de Barillas, y de El Colorado (fotos 4 a 6), municipio

de San José Pinula, ambas de Guatemala. También distribuyeron sus ofrendas en la casa de los heraldos del municipio madrileño de Sevilla la Nueva (fotos 7 y 8), España, y en la iglesia de la Madre del Buen Consejo, de Ypacaraí (fotos 9 a 11), Paraguay.





Ganar primero, combatir después

El arte de la guerra, con sus tácticas y secretos, puede aplicarse con gran provecho al progreso de nuestra alma, disputada constantemente por el Cielo y el Infierno...

¿Cuál es nuestro papel en esta batalla?



✠ P. Carlos Javier Werner Benjumea, EP

La vida del hombre en la tierra, desde que abrimos los ojos a este mundo hasta que se cierran tras el último embate, siempre ha sido y siempre será, nos guste o no, una lucha constante. Y la razón de esta lucha es la única enemistad establecida por Dios: «Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; ésta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón» (Gén 3, 15).

Si queremos formar parte de los gloriosos vencedores, de los soldados e hijos de la Santísima Virgen, cuya victoria ya está sellada por Dios, hemos de perseverar con valentía y afrontar cada día una feroz batalla, que se libra sobre todo en nuestro interior. En contrapartida, a los cobardes, hijos de la serpiente, «les tocará en suerte el lago que arde con fuego y azufre» (Ap 21, 8).

En el combate convencional entran en juego numerosos factores que determinan el resultado final, como la diplomacia, el entrenamiento, la logística, la estrategia, las condiciones meteorológicas, los accidentes geográficos...

Se trata de una enorme y compleja conjugación, cuyo éxito requiere experiencia y perspicacia.

Ahora bien, muchas de las leyes de la guerra son aplicables a nuestra lucha espiritual, pues, en su sentido abstracto, la estrategia fundamental es la misma. Por lo tanto, puede ser esclarecedor e instructivo considerar algunas máximas militares desde esta perspectiva.

El arte de la guerra espiritual

En el opúsculo titulado *El arte de la guerra*, el destacado estratega y literato chino Sun Tzu nos legó esta frase: «Conoce al enemigo, concóctete a ti mismo, y tu victoria nunca se verá amenazada».¹ Trasladando esta enseñanza al ámbito espiritual, una instrucción clara acerca de las seducciones del demonio y de las flaquezas habituales de la naturaleza humana será una excelente estrategia para mantenernos en estado de gracia.

Clausewitz también dice que la guerra es «un acto de fuerza para obligar a nuestro adversario a hacer nuestra

voluntad».² En la batalla de la vida interior, nuestro peor enemigo es la ley de la carne que, en nosotros, lucha contra la ley del espíritu (cf. Rom 14, 23); y todo nuestro éxito consiste en que la voluntad del espíritu luche contra la de la carne y la obligue a hacer su voluntad.

Estableciendo diversos paralelismos de este tipo, los Padres y doctores de la Iglesia nos han transmitido valiosas enseñanzas a lo largo de los siglos. El gran San Francisco de Sales llevó consigo durante décadas un libro que le ayudó enormemente a comprender el arte de la guerra sobrenatural. Se trata del manual *Combate espiritual*, del sacerdote teatino Lorenzo Scupoli. Lo recomendaba enfáticamente a todos los que estaban bajo su dirección, asegurándoles que por este medio obtendrían la verdadera paz, confirmando así el antiguo adagio romano: *Si vis pacem, para bellum* —Si quieres la paz, prepárate para la guerra.

Una de las mejores enseñanzas de esa obra, que el santo obispo de Ginebra adoptó como propósito de vida,

es lo que hoy conocemos como *examen de previsión*, una estrategia que parece basarse en un principio de sabiduría universal claramente discernido incluso por los pueblos paganos, como puede constatarse en la regla predicada en el Japón de antaño a los samuráis: «Ganar primero, combatir después».³

Esta sentencia subraya la importancia fundamental de la preparación para la lucha, que se comprende mejor ejercitando la imaginación.

Comandando con sabiduría a un ejército...

Imaginemos, pues, que se nos encarga dirigir una guerra, preferiblemente en una época anterior a la nuestra, cuando los campos de batalla aún se adornaban con los esplendores de la heráldica, espadas relucientes y banderas desplegadas; sobre todo cuando todavía existía el honor. Estamos en los albores de una contienda decisiva y ya divisamos las tropas enemigas.

Supongamos que, sabiamente, nos hemos preparado con suficiente antelación para el momento del enfrentamiento. Procuramos conocer bien al adversario, estudiando sus tácticas, sus puntos débiles y fuertes, hasta que somos capaces de prever todos sus movimientos. Conociéndonos también a nosotros mismos, nuestras limitaciones y flaquezas, nos esforzamos por equipar a nuestro ejército con las mejores armas y municiones, sin olvidarnos nunca de valernos de la diplomacia para poner en acción a amigos y aliados.

Con ojos y oídos atentos, recorremos el campo de batalla, sondeando cualquier movimiento enemigo; y una vez que despunta la luz del sol, avanzamos llenos de ánimo, coraje y amor por el ideal que defendemos. ¿Qué posibilidades hay entonces de que seamos derrotados? Las hay, es cierto; pero ¡cuán menores y menos probables que si no nos hubiéramos preparado!

¿Cómo aplicamos ese principio preventivo a nuestra vida espiritual?

... y a nuestra alma hacia la victoria

Mucho se ha ensalzado la importancia del examen de conciencia diario, que en el ámbito militar equivale a hacer un balance de la batalla: contar los muertos y heridos, evaluar el terreno conquistado o perdido, analizar los errores cometidos, tomar las medidas logísticas pertinentes ante el material desaparecido o dañado. Sin duda, algo muy necesario. Pero ¿cuántas batallas habríamos ganado y cuántas pérdidas habríamos evitado si, desde el inicio del día, hubiéramos asumido una actitud de vigilancia?

El P. Lorenzo Scupoli explica muy bien cómo tiene que ser esa disposición: «[Debes] recogerte dentro de ti mismo, a fin de examinar con cuidado cuáles son ordinariamente tus deseos y tus aficiones, y reconocer cuál es la pasión que reina en tu corazón; y a ésta particularmente has de declarar la guerra como a tu mayor enemigo».⁴

Hecho esto, «la primera cosa que debes hacer cuando despiertas es abrir los ojos del alma, y considerarte como en un campo de batalla en presencia de tu enemigo y en la necesidad forzosa, o de combatir, o de perecer para siempre. Imagínate que tienes delante de tus ojos a tu enemigo; esto es, al vicio o pasión desordenada que deseas domar y vencer, y que este monstruo furioso viene a arrojar sobre ti para oprimirte y vencerte. Representate al mismo tiempo que tienes a tu diestra a tu invenci-

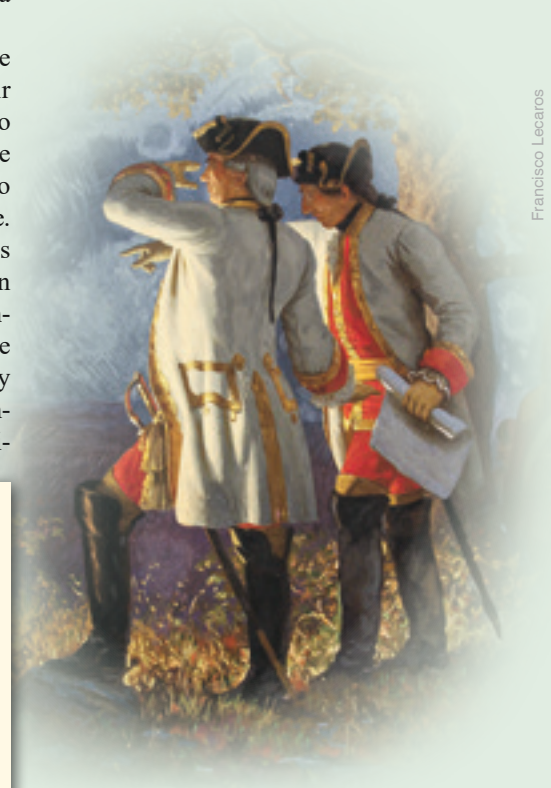
ble capitán Jesucristo, acompañado de María y de José, y de muchos escudrones de ángeles y bienaventurados, y particularmente del glorioso arcángel San Miguel».⁵

Con estas disposiciones, tendremos muchas más probabilidades de vencer las tentaciones y progresar en la virtud. Al fin y al cabo, «más vale prevenir que lamentar», nos advierte el conocido refrán. Y ése es el significado profundo de las palabras del samurái: «Ganar primero, combatir después».

Algunos consejos más de la guerra

Una vez iniciado el enfrentamiento, conviene no olvidarnos del principio de San Ignacio del *agere contra*, que consiste en atacar nuestros defectos tratando de amar la virtud opuesta y esforzándonos por practicarla con la ayuda de la gracia. Así pues, si es la soberbia la que grita con más furia en

*Cuántas batallas
espirituales no
ganaríamos si, al
comienzo del día,
asumiéramos una
actitud vigilante
sobre nosotros mismos*



Escena militar del Antiguo Régimen - Museo de Historia Militar, Viena. En la página anterior, «Regimiento Lusitania 1744», de José Ferre Clauzel

nuestro interior, admiremos en el prójimo los dones de Dios y esforcémonos por no excusarnos cuando suframos humillaciones. Habremos usado un arma mortífera contra ese vicio.

Ahora bien, puede ocurrir que, para causar confusión, el demonio nos ataque con tentaciones distintas de las que nos hemos propuesto combatir a lo largo del día. El P. Scupoli nos lo advierte: «Si el maligno espíritu, haciendo diversión, te asaltare por otra pasión o vicio, deberás entonces acudir sin tardanza a donde fuere mayor y más urgente la necesidad, y volverás después a tu primera empresa». ⁶ Del mismo modo que en un campo de batalla convencional un cambio inesperado puede requerir en cualquier momento que el general tome decisiones osadas, astutas y seguras, así también el alma debe estar siempre vigilante y flexible ante cualquier embate repentino e imprevisto.

Nada podemos sin la ayuda del Cielo

Ante este desafiante panorama, es natural que —concebidos como somos en pecado original— nos sintamos impotentes y temerosos...

Pero ¡que nadie se desanime! Todo cristiano tiene a su disposición una fuente inagotable de coraje, un manantial cristalino que restaura todas las energías, un tesoro del que siempre puede sacar, sin mérito alguno, las gracias, el socorro y los milagros que necesite: la oración. Sin el auxilio divino, nunca lograremos ningún éxito en la conquista del Cielo.

Si el Señor no nos sostuviera en todo momento con gracias sobreabundantes,



Thiago Tamura

Capilla de la Madre del Buen Consejo - Casa madre de los Heraldos del Evangelio, São Paulo

Todo cristiano dispone de una fuente inagotable de coraje, un manantial que restaura todas las energías: la oración

caeríamos mil veces en los abismos más profundos del pecado y seríamos capaces de cometer los crímenes más execrables. Y resbalaríamos tanto más fácilmente cuanto más confianza tuviéramos en nuestra imaginaria virtud.

No obstante, si somos siempre conscientes de esta realidad y estamos libres de toda presunción, construiremos sobre la roca de la humildad un baluarte inexpugnable.

No nos atrevamos nunca a entrar en la lucha sin pedir antes, como grito de guerra, lo que se canta en el *Te Deum*: «*Dignare, Domine, die isto sine peccato nos custodire* —Dígnate, Señor, en este día, guardarnos del pecado».

Donde concluye el P. Scupoli: «Aunque seas flaco y estés mal habituado, y tus enemigos te parezcan formidables por su número y por sus fuerzas, no temas; porque los escuadrones que vienen del Cielo para tu socorro y defensa son más fuertes y numerosos que los que envía el Infierno para quitarte la vida de la gracia. El Dios que te ha

criado y redimido es todopoderoso, y tiene sin comparación más deseo de salvarte que el demonio de perderte».⁷

¡Ánimo, fuerza y resolución!

«La vida del católico es una lucha perpetua. Si no hay lucha es señal de que la derrota ha comenzado. [...] Quien quiera vivir sin preocupaciones en la virtud ya la ha abandonado y está fuera de ella, pues en la sustancia de la virtud está ese deseo de lucha y de cruz»,⁸ afirmó una vez nuestro maestro espiritual, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira.

Así que no seamos desertores: lancémonos a la lid con fuerza y resolución, que de la incesante guerra contra nuestras malas tendencias y hábitos viciosos nacerá finalmente la victoria. ✠

¹ TZU, Sun. *El arte de la guerra*. 2.ª ed. Madrid: Fundamentos, 1981, p. 84.

² CLAUSEWITZ, Carl von. *On war*. Princeton: Princeton University Press, 1989, p. 75.

³ TSUNETOMO, Yamamoto. *Hagakure. Le livre du samouraï*. Noisy-sur-École: Budo Éditions, 2014, p. 193.

⁴ SCUPOLI, CR, Lorenzo. *Combate espiritual*. Barcelona: Li-

bería Religiosa, 1850, t. 1, pp. 94-95.

⁵ *Idem*, pp. 89-90.

⁶ *Idem*, p. 95.

⁷ *Idem*, pp. 91-92.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, mayo de 1959.

... que la casa donde «el Verbo se hizo carne» todavía existe?

Gracias a una remota tradición, a antiguos manuscritos y a recientes estudios arqueológicos, hoy sabemos más sobre la casa de Nazaret —el lugar donde la Santísima Virgen vivió desde su infancia y recibió el anuncio del arcángel San Gabriel—, que fue milagrosamente transportada por ángeles durante la invasión musulmana de Palestina, en 1291. La Santa Casa, como acabó siendo conocida, apareció primero en Iliria —en la región noroccidental de los Balcanes— y tres años más tarde en la ciudad italiana de Loreto, que por entonces formaba parte de los Estados Pontificios.

La construcción original constaba de tres paredes edificadas delante de una pequeña cueva, que ejercía de cuarta pared y sitio de almacenamiento de la vivienda, conforme el estilo de la

Conrad Fernandes



Santa Casa de Loreto, Italia

época. En Loreto se encuentran las tres paredes de piedra que, según rigurosos estudios arqueológicos de la década de

1960, presentan una unidad de estructura con la parte que quedó en Nazaret, en la iglesia de la Anunciación.

Estando todavía en Galilea, los primeros discípulos del Señor transformaron la casa en un lugar de culto, elevando sus paredes, y se erigieron sucesivas construcciones para albergar la preciosa reliquia, con el fin de protegerla del deterioro. En el siglo XIV, ya en Italia, numerosos artistas se disputaron la parte superior de las paredes de la modesta residencia —de menor valor histórico y devocional— para pintar frescos de la Virgen con el Niño; en el Renacimiento se realizó un revestimiento exterior de mármol ricamente tallado. En 1922, en el lugar correspondiente a la cuarta pared, se erigió un altar con la inscripción: «Aquí el Verbo se hizo carne». ✦

... por qué los evangelistas están representados por cuatro seres vivos?

En torno a cuatro figuras enigmáticas, frecuentemente esculpidas o pintadas en las iglesias, surgen a menudo algunas preguntas: ¿Qué significan esos misteriosos seres? ¿Cuál es su relación con los autores de los santos evangelios, junto a los cuales aparecen?

Esas representaciones alegóricas están presentes en la iconografía católica desde el siglo II, y están basadas en este pasaje del Apocalipsis: «En medio del trono y a su alrededor, había cuatro vi-

vientes [...]. El primer viviente era semejante a un león, el segundo a un toro, el tercero tenía cara como de hombre, y el cuarto viviente era semejante a un águila en vuelo» (4, 6-7).

Los cristianos vieron en estas figuras un símbolo de los santos evangelistas. El ser con aspecto humano representa a San Mateo, quien realza especialmente la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo en su narración. El león, que hace oír su majestuoso rugido en lugares yermos,

se atribuye a San Marcos, pues este animal evoca la figura de Juan el Bautista, personaje que abre el segundo Evangelio clamando en el desierto para anunciar la llegada del Mesías. Representado por el buey o el toro, San Lucas inicia su relato con el sacrificio de Zacarías en el Templo, en alusión al sacrificio del propio Redentor. Finalmente, el águila expresa la suprema elevación del pensamiento teológico de San Juan, que proclama en particular la divinidad de Jesús. ✦

Los cuatro evangelistas - Basílica de Santa María sobre Minerva, Roma



Gustavo Kralj

¿Qué nos anuncia el arte?

¿Puede el arte transmitir un mensaje ideológico y, en este sentido, ser una «anunciación» de la mentalidad de los hombres de una época? La consideración de algunas obras de arte conocidas nos ayudará a responderlo.

✎ Santiago Vieto Rodríguez



Si la más alta vocación del arte consiste en unir lo celestial con lo terrenal, el célebre retablo de la *Anunciación* del Beato Fra Angélico, conservado en el Museo del Prado de Madrid, es sin duda uno de los intentos más logrados de corresponder a esa llamada.

Enmarcado habitualmente en la historia del arte como una obra de transición entre la pintura gótica y la renacentista, puede suscitar polémicas bizantinas si se intenta encajarlo en un determinado período basándose exclusivamente en la técnica y la interpretación, sin tener en cuenta el espíritu que le dio vida.

Anhelos de transcendencia y sublimidad

Es innegable que esta pintura refleja una cosmovisión puramente medieval. El «marco plataforma» sobre el que descansa, formado por otras cinco escenas bíblicas que completan el retablo del altar, indica que fue concebido como un conjunto narrativo al servicio del culto divino, finalidad cumplida mientras permaneció en la capilla del convento de Santo Domingo, en la ciudad italiana de Fiesole.

Movido por su fervorosa religiosidad y su raciocinio analógico, el hombre medieval veía en la iconografía ventanas abiertas a otras realidades, tratando de representar a los seres sobrenaturales en su propia atmósfera. No queriendo limitarse a retratar

nuestra simple materialidad, se servían de fondos dorados e incluso de la modificación intencionada de la perspectiva natural, para sacar al espectador del contexto terrenal y elevarlo a la dimensión espiritual. En el santo anhelo por hacer visible lo que sólo es visible a los ojos del alma, creaban ambientes sublimes, adornados de manera propicia a la oración y a la trascendencia.

Todo el cuadro de la *Anunciación* está iluminado por esa piedad llena de inocencia, que busca —a través de formas bellas y ordenadas, colores puros y brillantes— señalar sus arquetipos. Transmite claramente un mensaje que pretende exaltar virtudes sobrenaturales evidentes; por ejemplo, el recogimiento y la falta de pretensiones de María Santísima, o el respeto y la humildad del arcángel San Gabriel.

La mentalidad medieval que lo inspiró se caracteriza también por favorecer una gran abundancia de símbolos, que no podemos comentar sin extrapolar las dimensiones de este artículo. Mencionamos solamente la evidente presencia de la Santísima Trinidad bajo diferentes figuras, y la notable exégesis atemporal que significa la sustitución del «*hortus conclusus*» (Cant 4, 12) —tradicionalmente representado durante el período gótico como un jardín rodeado de muros, símbolo del seno purísimo de la Virgen elegida para ser Madre del Creador— por otro jardín, el del Edén,

del que fueron expulsados nuestros primeros padres (cf. Gén 3, 23).

Este detalle indica cómo la pérdida del Paraíso terrenal a causa del pecado original, un hecho separado por milenios del tema principal de la obra, constituye a los ojos acrónicos de Dios una única escena, el «acto» principal de la trama de la historia. Aquella *felix culpa* que nos mereció tan gran Redentor —como canta el Pregón pascual— hizo que el Eterno irrumpiera en el tiempo y se encarnara en el claustro virginal de María Santísima, el nuevo e insuperable Paraíso de Dios y de los hombres (cf. Lc 1, 26-38).

Con el «intercambio de Paraísos», este magnífico retablo anuncia la victoria sobre el pecado, el triunfo de Dios en la historia por medio de la plena unión de lo creado con lo divino.

Estética naturalista y realidad pragmática

Algo muy distinto encontramos en una no tan conocida obra del humanista por antonomasia: Leonardo da Vinci. En ella apreciamos una primorosa técnica, resaltada por una eximia composición, con gran protagonismo de las leyes de la perspectiva geométrica y atmosférica, que el célebre genio del Renacimiento tanto se esmeró en perfeccionar.

Analizando la anatomía de las figuras, así como los tejidos, nos damos cuenta de que en su búsqueda del realismo Da Vinci presta una enorme aten-



«Anunciación» de Fra Angélico - Museo del Prado, Madrid

ción en los detalles, lo que consigue valiéndose de los efectos más refinados que ofrece la pintura al óleo. Hablamos de un artista que intentó desvelar los secretos y fundamentos de la naturaleza, pero que —para satisfacer sus inquietudes pragmáticas, sin desear ir más allá— renunció implícitamente a percibir y transmitir el néctar de la realidad: la superrealidad que reside en lo que no vemos y que, sustentando lo visible, se

deja apreciar solamente por los hombres piadosos, que entienden un lenguaje a la vez teológico y místico (cf. Lc 10, 21).

En la *Anunciación* del maestro renacentista vemos representada a una doncella llena de sí misma, y no de gracia, autosuficiente y complacida, que parece buscar en su libro un misterioso conocimiento que sea fuente de prestigio o de poder, y no algo que alimente sus esperanzas mesiánicas

con humilde admiración. Lo sublime —como lo define el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira— posee un grado de belleza cuya proporción es superior al hombre y, por tanto, manifiesta más a Dios. Y así el artista, si opta por dejar de lado el mensaje teocéntrico, independientemente de la técnica o del estilo, se convertirá a lo sumo en un «sabio» de este mundo, ajeno al llamamiento a ser intérprete de lo sublime.



Fotos: Reproducción

Representaciones de la escena de la Anunciación: a la izquierda, de Leonardo da Vinci - Galería Uffizi, Florencia (Italia); a la derecha, de Sandro Botticelli - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Si algún lector encuentra subjetivas estas observaciones, le invitamos a que responda sinceramente a la siguiente pregunta: ¿podría alguien, contemplando esta pintura, sentirse naturalmente inspirado a rezar o a meditar con piedad sobre los sagrados misterios?

Paraíso de placeres, divorciado del Cielo

Cualquiera que analice minuciosamente la mentalidad que subyace a ésta y muchas otras obras del Renacimiento, como la *Anunciación* del paradigmático Sandro Botticelli, se dará cuenta de que en ese período se produjo una ruptura en el espíritu humano, presagiada de la pérdida de la fe en el Occidente cristiano.

El Humanismo preconizaba el trágico divorcio entre fe y razón, poesía y lógica, espíritu y materia. No preocupado ya por unir el Cielo y la tierra, trató de instaurar en este mundo un paraíso de placeres que exaltara la belleza física, relegando lo sobrenatural a un plano secundario, retirando del centro la cruz de Cristo y entronizando al hombre, abriendo camino al más sofisticado mundanismo y a todo tipo de desórdenes.

Incluso en la temática sacra, abandonados paulatinamente por los nuevos paganos, la tendencia de los artistas era pintar las escenas tal y como eran captadas por los sentidos corporales, en una mera observación empírica, descartando los imponderables perceptibles sólo por los sentidos espirituales y, al mismo tiempo, sustituyendo la devoción por el dramatismo y la elevación sobrenatural por una estética superficial. Por ello,

nos vemos llevados a reconocer en la «moda naturalista» del arte el punto de inflexión en el que se encuentra el germen del cartesianismo, que, a su vez, desembocaría en el positivismo y en el escéptico materialismo actualmente reinante.

El Dr. Plinio¹ explicaba que es propio del espíritu católico comprender y unir contrarios armónicos como, por ejemplo, fuerza y delicadeza, lógica y fantasía;² y, en cambio, es propio de la Revolución detestar y cuestionar todos los equilibrios, produciendo manifestaciones exageradas de lógica sin fantasía —naturalismo— y de fantasía sin lógica —caos relativista.

Esta afirmación, aparentemente osada, se entiende mejor cuando analizamos ejemplos posteriores de ese proceso de decadencia que parece no tener fin, increíblemente capaz de crear extremos de fealdad, locura e indecencia cada vez más insolentes.

Delirios surrealistas y contestatarios

Las siguientes imágenes pueden, eventualmente, herir la sensibilidad del lector, por el contraste que presentan. Son algunos ejemplos de pintores modernos de renombre, considerando que aún no llegan a los extremos impresentables de ciertas escuelas más recientes.

Por un lado, tenemos la torpe burla de un excéntrico, Salvador Dalí, fruto del positivismo, una doctrina que desvirtúa la imaginación del hombre. Esta potencia del alma —que debería servir para conocer las realidades más elevadas a través de ejercicios de transcendencia metafísica— se convierte en

un lodazal de pesadillas y delirios surrealistas representados fielmente por ese autoproclamado «alucinógeno»,³ en otras de sus pinturas mundialmente conocidas.

Al abandonar el naturalismo aún reinante en la pintura académica, como por la fuerza de un péndulo, muchos «artistas» como ése se esforzaron por distorsionar la realidad, con una visión cada vez más subversiva, revolucionaria y contestataria de la vida y de las leyes de la pintura tradicional. Se volvió común buscar formas desfiguradas y estertorosas, que contrastan con el equilibrio, la paz y la serenidad manifestadas por el arte propio de siglos que se empeñaron en la práctica de la virtud más que en la conquista del éxito material.

Así, en la multitud de movimientos vanguardistas existentes, el mundo

Abajo: «Anunciación a la Virgen María», de Salvador Dalí; a la derecha, «Anunciación», de Romare Bearden



Fotos: Reproducción

fue testigo de cómo los pintores parecían competir de una manera más efectiva por impactar, contradecir y, si era posible, reformar a su antojo el orden estético del universo, teniendo como mensaje genérico la confusa «anunciación» de un oscuro y caótico futuro.

Relativismo e irracionalidad

La consecuencia de la pérdida de la fe es el oscurecimiento de la luz de la razón, por lo cual en la modernidad surgieron movimientos «intelectuales» y «artísticos» capaces incluso de cuestionar la existencia de una verdad absoluta.

Al separar, en el arte, idea y objeto material, cayeron en el subjetivismo del llamado «arte conceptual», en el que sólo tiene importancia el supuesto mensaje que se quiere transmitir, por ejemplo, pegando un plátano en la pared de un museo —una obra subastada por más de seis millones de dólares, en noviembre de 2024— o exponiendo cualquier otro objeto, incluso los más repugnantes, para contemplación de los visitantes. Por otra parte, han proliferado las escuelas que, al desterrar las

ideas, afirman que es el objeto físico el que ha de ser considerado apreciable en sí mismo, como expresión «natural» y apasionada del artista —por supuesto, sin atenerse a reglas estéticas.

El concepto de arte, brutalmente diseccionado, ha perdido su significado como técnica u oficio, y ya no digamos como factor de enriquecimiento cultural. El noble lenguaje

de los colores y las formas —que durante siglos ha servido para transmitir mensajes de gran trascendencia, elevando civilizaciones— incluso ha sido abolido en nombre del «expresionismo abstracto», en el que las ideas ya no importan: el único mensaje identificable es la justificación de la espontaneidad y del acto irracional dominado por el sentimiento del artista. Ya no se trata de presentar verdades espirituales a través de la belleza, sino impactar los sentidos corporales mediante la transmisión de una emoción fugaz, subjetiva e inútil.

Se suele decir que, independientemente del tema elegido, el pintor siempre plasma su propia alma. Sin embargo, en las pinturas modernas parece que los medios han sustituido al fin: el pintor ya no se esfuerza por utilizar sus cualidades para interpretar su entorno, sino por utilizar su entorno para proclamar su ego.

El autor de la obra *N.º 5, 1948*, Jackson Pollock, confirma esa afirmación con sus propias palabras: «Para mí, el arte moderno no es más que la expresión de los objetivos contemporáneos de la época en que vivimos. [...] Todas las culturas han tenido medios y técnicas para expresar sus objetivos inmediatos: los chinos, el Renacimiento, todas las culturas. Lo que me interesa es que hoy los pintores no tienen que buscar un tema ajeno a ellos mismos. La mayoría de los pintores modernos trabajan a partir de una fuente diferente, trabajan desde el interior».⁴ Teniendo esto en cuenta, resulta más fácil plantear la hipótesis acerca del motivo



«N.º 5, 1948», de Jackson Pollock; en el destacado, «Comedian», de Maurizio Cattelan

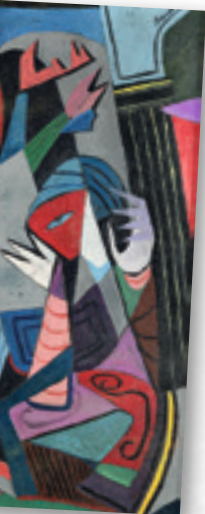
por el que ese polémico cuadro se vendió en 2006 por el increíble precio de 140 millones de dólares..., batiendo el récord histórico hasta esa fecha de una inversión en una obra de arte.

Realmente vale la pena preguntarse: ¿qué vieron de tan valioso sus compradores en un cuadro así? ¿Acaso, como antaño, buscaban un mensaje reforzado por la satisfacción estética? ¿Lo adquirieron por mero esnobismo o vulgar especulación comercial? ¿Querían una apología plástica de un estilo de vida anárquico e igualitario? ¿Alucinaban con el espíritu que animaba a Pollock o simplemente buscaban un fiel retrato de su propia mentalidad?

Y lo que es más importante, debemos interrogarnos si esa forma de arte, que en teoría suprimió el mensaje ideológico, ha dejado de ser una anunciación para ser una confirmación del caos reinante en las mentes y en las almas de quienes abrazan tal modo de «expresión». ¿No será, en este sentido, una forma de «anunciación», pero a la inversa?

* * *

A la vista de todo esto, conviene recordar que el camino para recuperar la sabiduría se encuentra en la admiración de toda forma de auténtica pulcritud, especialmente de la más bella y elevada de todas, que es la santidad, anunciación de la felicidad eterna. ✧



¹ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Oração e holocausto simbolizados na lamparina». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XXVII. N.º 320 (nov, 2024), p. 33.

² En el sentido utilizado por el Dr. Plinio, la palabra *fantasia* no se refiere a la fantasmagoría o la ensoñación ilusoria de la mente, sino a la capacidad creativa de la imaginación.

³ «Nunca he tomado drogas porque yo soy la droga. ¡Que me tomen a mí, yo soy la droga, yo soy alucinogénico!», dijo Dalí en una entrevista.

⁴ Ross, Clifford (Ed.). *Abstract Expressionism: Creators and Critics. An Anthology*. New York: Harry N. Abrams, 1990, p. 140.



Virgen entre ángeles,
de Pedro Serra - Monasterio de
San Cugat del Vallés (España)

Nuestra Señora, con sólo poner su mano virginal sobre un alma llena de defectos y vicios, cargada de pecados, puede transformarla en un santuario.

Así como por su oración, en Caná, Nuestro Señor ordenó que el agua se convirtiera en vino, así también la Santísima Virgen puede, en cualquier momento, obtener de su divino Hijo para un pecador gracias

tan abundantes que la persona más repugnante e infestada por el demonio vuelva a pertenecer a Ella.

Pidámosle a María Santísima que sea hecho con nosotros como en las bodas de Caná. Y nosotros, que hoy somos, en el mejor de los casos, agua mezclada con un poco de vino, nos convirtamos en vino puro.

Plinio Corrêa de Oliveira